



Lou CARRIGAN

PERMISO PARA MATAR





eb

LOU CARRIGAN

**PERMISO
PARA MATAR**

Colección LA HUELLA n.º 51
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B 32889-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: octubre, 1975

© Lou Carrigan - 1966

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Clarence Hadaway acabó de abrocharse los atalajes de su funda sobaquera; sacó la pistola, la examinó, la colocó de nuevo en la funda, y tomó la corbata que tenía preparada sobre el toallero. Se la anudó casi sin mirar, contemplando con preferencia su rostro serio, curtido, duro de rasgos, en el espejo.

Recién afeitado, pulcro, con una discreta loción en los cabellos y un no menos discreto masaje en su pétreo rostro, resultaba un hombre un tanto adusto, pero atractivo. Había ya unas cuantas canas en sus aladares. Muy pocas. Quizá lo justo para que quedase demostrado que a los treinta y cinco años, había pasado ya por momentos verdaderamente difíciles en su vida.

Lo cual, teniendo en cuenta su profesión, no resultaba extraordinario de ninguna manera. Había pasado por muchos malos momentos, algunos de ellos en verdad angustiosos...

Acabó de anudarse la corbata, se aseguró de que todo estaba en orden en el cuarto de baño de su casita en los suburbios de Washington, miró su reloj, y salió del cuarto. Cuando se dirigía hacia el dormitorio, sonó la llamada en la puerta, pero Clarence Hadaway continuó en el dormitorio.

Entró; y salió poniéndose la chaqueta, caminando hacia la puerta. Cuando la abrió ya estaba completamente vestido, de modo serio, austero, irreprochable, admirable con sus anchos hombros, su fino cuello bien musculado, su rostro aseado para iniciar aquella jornada.

—Buenos días, señor Hadaway.

Clarence se quedó mirando un tanto asombrado al hombrecillo. Menudo, calvito, con lentes, sonrisita astuta, ojos pequeños y vivos... Llevaba una pequeña maleta de piel en la mano derecha. En

la izquierda, un sombrero diminuto, casi gracioso.

No le conocía. Jamás en su vida había visto Clarence Hadaway a aquel hombrecillo.

—Buenos días... ¿Qué desea?

—¿Puedo pasar?

—Iba a salir en este momento y...

—Le aseguro que no vengo a vender nada —sonrió el hombre—.

Es decir, nada que usted no esté dispuesto a comprar.

Clarence frunció el ceño.

—Temo que no me entiende, señor —miró de nuevo su reloj—.

Mis ocupaciones me impiden atenderle ahora. En muchos años no he llegado jamás tarde a mi trabajo. No pienso que sea hoy ese día discordante. Buenos días.

Se dispuso a cerrar la puerta suavemente.

—El FBI puede prescindir de usted por unos minutos, inspector Hadaway —musitó dulcemente el hombrecillo—. Y, por otra parte, le aseguro que mi «mercancía» merecerá su interés. Por favor, quisiera terminar esta entrevista dentro de la casa.

Hadaway volvió a fruncir el ceño y dedicó apenas un par de segundos a examinar con más atención al visitante. Una mirada completa, rápida, viva, cuya conclusión final sirvió al menos para que Clarence supiese que aquel hombre no iba armado.

Se apartó de la puerta.

—Pase... Tengo la impresión de que usted me conoce bien, señor...

El hombrecillo entró, sonriendo, mirando a todos lados. Cuando Clarence hubo cerrado la puerta, se volvió hacia él.

—Mi nombre es Millard Watts, inspector Hadaway... Tiene usted una casa agradable. Un poco seria, pero eso me parece natural en un hombre solitario y recio de carácter.

—Me halaga usted, señor Watts. ¿A qué es debido que me conozca?

—Oh, pues... Bueno, creo que tengo ante mí al inspector Clarence Hadaway, del FBI, afecto a las órdenes directas de su director, el famoso John Edgar Hoover. Si no estoy mal informado, domina usted una docena de idiomas, es capaz de manejar cualquier arma o vehículo, soportar climas tórridos o helados, de matar a un par de hombres sólo con las manos, de descifrar

cualquier clave secreta, de adoptar el disfraz o la personalidad más conveniente en cualquier momento, de salir de cualquier apuro... Edgar Hoover le tiene a usted en una estima especial, que, por supuesto, usted se merece. Es uno de los pocos hombres nombrados inspectores especiales de acción que puede hacer cualquier cosa; ir, venir, quedarse, tomarse vacaciones... y conservar en todo momento la estima del todopoderoso John Edgar Hoover, quien sabe perfectamente que cuenta con uno de los más inteligentes hombres de Estados Unidos. Y no sólo es usted admirable por su inteligencia y cultura, inspector Hadaway, sino que, llegado el caso, su capacidad de luchador llega a lo... inverosímil. Especialmente, en cuanto se relaciona con casos de espionaje... En ese terreno, temo que sea usted invencible, o poco menos. Habla ruso, alemán, francés, portugués, español, italiano, árabe... Realmente, inspector Hadaway, es usted un caso excepcional, admirable... Por curiosidad, ¿es cierto que también habla japonés?

Clarence contemplaba impertérrito al sorprendente Millard Watts.

—Puedo hacerme entender —admitió.

—Admirable... En verdad admirable, inspector Hadaway.

—Lo admirable, señor Watts, es que usted sepa tantas cosas de mí. Le aseguro que no soy persona que guste de fanfarronear de sus conocimientos o aptitudes de cualquier clase.

—Naturalmente. En el FBI, un hombre como usted es conservado en secreto, mimado, perfeccionado... Es como una poderosa máquina que sólo se usa en determinados casos. ¡Pero qué magníficos resultados da siempre esa poderosa máquina!

—Soy un ser humano, señor Watts, no una máquina.

Millard Watts alzó las cejas y miró amablemente al fabuloso hombre del FBI.

—¿Debo entender, inspector, que tiene usted sentimientos humanos? ¿Debo entender que, aunque sea en contadas ocasiones, sus sentimientos... humanos pueden sobreponerse a su poderosa... maquinaria cerebral?

—Desde luego.

—Magnífico. En ese caso, le interesará lo que he venido a venderle, inspector.

—Lo dudo..., pero dejaremos un margen de posibilidades a su

producto, señor Watts. ¿Qué vende usted?

—Vidas.

—¿Perdón? Temo que no...

—Sí, sí... Ha entendido bien, inspector Hadaway: vendo vidas. Vidas humanas, claro está.

—Es una mercancía notable, lo admito... —musitó Clarence—. ¿Puede ser más explícito?

—He venido a visitarle para ser con usted todo lo explícito que desee. Por supuesto, usted ha comprendido ya que mi verdadero nombre no es Millard Watts.

—Por supuesto.

—No podía fallar en eso —sonrió Watts—. ¿Puedo mostrarle unas proyecciones? —señaló la maleta de piel—. Por mi parte, le aseguro que no pretendo robarle demasiado tiempo, y... Bien, espero que se le disculpe a usted que por una vez llegue tarde a las oficinas centrales del FBI en Washington.

—Me disculparán. ¿Puedo ayudarle en algo a fin de ver pronto esas proyecciones?

—Es usted muy amable. ¿Quiere dejar el *living* a oscuras completamente? Luego, encienda la luz eléctrica hasta que la necesitemos. Yo iré preparando el proyector, mientras tanto.

—Bien.

Clarence Hadaway fue cerrando las persianas, dejando el *living* a oscuras. Antes de cerrar la última, dio la luz. Luego, la cerró y se acercó a Millard Watts, que estaba atareado calmosamente en la preparación del proyector.

El inspector especial del FBI lo miró atentamente. En ningún momento se había alterado o había alzado la voz. Ni se le había ocurrido amenazar con su pistola al sorprendente vendedor de vidas humanas.

Éste miró un instante a Clarence, sonriendo como quien pide disculpas.

—Naturalmente, inspector, todo este material es americano: el proyector, la película, los objetivos... También todo cuanto hay en mi persona es americano, de modo que usted desconoce mi procedencia. Ya se habrá dado cuenta de que hago las cosas bien, supongo.

—Me he dado cuenta —asintió Clarence—. ¿Puedo saber qué

vidas humanas son ésas, señor Watts?

—En seguida empezaremos... Ya está... Por favor, apague ahora la luz. Proyectaremos la película en esa pared, si no tiene inconveniente.

—Ninguno, en absoluto.

Clarence apagó la luz. En el acto, un cuadrado luminoso apareció en la pared indicada por Millard Watts Y apenas tres segundos más tarde, el primer plano del rostro de un hombre. Watts detuvo la proyección y señaló aquel rostro.

—Se llama Martin Shelton —informó—. Está casado y tiene un hermoso muchachito de siete años, llamado también Martin. La esposa de Shelton se llama Susan, y es una rubia pizpireta, vivaracha, siempre sonriente... Es una muchacha, estupenda, inspector... Véala.

La foto fija desapareció. La escena mostró ahora a una mujer rubia, de unos veintiocho años, arreglando algunas flores en un jardín. Cerca de ella, un niño de siete años saltaba de un lado a otro, manejando un bate de *baseball* incansablemente. A los pocos segundos, el hombre llamado Martin Shelton aparecía en escena, se dirigía hacia la muchacha y la besaba. El niño corría hacia ellos, saltaba, y el hombre lo alzaba en brazos, riendo... La proyección quedó de nuevo convertida en foto fija, conservando aquella escena.

—Una familia feliz... —comentó Millard Watts—. Habrá usted observado esto, inspector.

—Evidentemente, es una familia feliz.

—No es para menos. Se adoran los tres, viven en una linda casita de Allapath, en Miami, y Martin Shelton, el cabeza de familia, tiene una profesión interesante.

—¿Qué profesión?

—Es agente especial del FBI en la Delegación de Miami.

—Entiendo... ¿Ésta es la vida que piensa venderme, señor Watts?

Lo miró, aprovechando el reflejo de la pantalla. Millard Watts sonreía irónicamente, con una pizca de dureza.

—Observo que va usted comprendiendo, inspector —musitó—. Pero no del todo. No quiero venderle tan sólo la vida de Martin Shelton, sino también la de su esposa y su hijo. Son tres hermosas vidas, inspector Hadaway... ¿No cree que vale la pena comprarlas?

—Supongo que no ha venido a pedirme dinero a mí a cambio de no matar a esas tres personas. Watts.

—¿Dinero? ¡Claro que no! Pero resumamos: ¿Le interesa la mercancía?

—En principio, sí.

—¿En principio? Oh, vamos, vamos... Se puede... y se debe pagar cualquier cosa por esas tres vidas felices y prometedoras, ¿no cree?

—Cualquier cosa puede ser mucho, Watts. ¿Qué pide?

—Espere. Espere, por favor. La película todavía no ha terminado.

—¿Hay más?

—Desde luego. Atienda, por favor.

La proyección continuó. Siempre, lo primero era el rostro de un hombre, en primer plano. Luego, una escena familiar, o privada, de aquel hombre con su familia. Sin duda de ninguna clase, la toma de aquella película tenía un mérito que no escapó a la comprensión del inspector especial del FBI. No sólo por su calidad y oportunidad y acercamiento, sino porque los cinco hombres con sus respectivas familias que componían la totalidad de la película, eran agentes del FBI, difíciles de sorprender de aquel modo, por lo general.

Después de Martin Shelton había seguido el agente especial llamado Joe Backus. Éste tenía dos hijos, de seis y cuatro años respectivamente. El tercero se llamaba Richard Quinn, y tenía una hermosa niña espigada, de grandes ojos, de unos nueve años. El cuarto se llamaba Lewis Chapel y tenía una niña de cinco años y un niño de tres. El quinto y último era Bob Dolan, el mayor de todos, cuyo único hijo tenía catorce años, y parecía un muchacho serio, consciente. De todas estas personas, cada familia por su lado, Millard Watts poseía una o varias escenas, e incluso algunos primeros planos que sorprendían de modo asombroso la intimidad familiar.

—¿Y bien, inspector?

—Es un buen trabajo, Watts.

—Muy bueno. Y tenga en cuenta que hemos tenido que hacerlo a toda prisa. En total son diecisiete las personas que tenemos en este reportaje.

—Las he contado... ¿Hay algo más?

—No, no...

Clarence abrió las persianas y apagó la luz, de modo que el *living* quedó como antes, bien iluminado por el rutilante sol de las nueve y pico de la mañana de un día claro, agradable, cálido.

—Bien, Watts, aclaremos esto.

—Ya le he dicho que quiero venderle esas vidas, inspector Hadaway. Se me ha ocurrido que, naturalmente, usted va a pensar que todo puede ser un truco tonto, y que esos hombres no sean del FBI, sino componentes de unas familias cualquiera que, quizá, se han prestado al juego, y se han dejado tomar en película. Pero, como supongo que su memoria es fotográfica, usted debe recordar ahora los cinco rostros de esos hombres del FBI, así como los de sus familiares.

—Los recuerdo bien.

—Es natural... Bueno, en ese caso, para asegurarse de que no hay truco de ninguna clase, sería conveniente que dentro de unos minutos se llegase usted a la oficina central, y se diese una vuelta por los archivos. Sabe los nombres de esos agentes... ¿Quiere apuntarlos?

—También los recuerdo.

—Claro... En algunos momentos olvido que tengo ante mí a un cerebro privilegiado... Recuerda los nombres... Pues bien: vaya a los archivos centrales, búsquelos y asegúrese de que, efectivamente, esos cinco nombres, con esos rostros, están en activo en las filas del FBI.

—Lo haré, esté seguro de ello. Puede esperarme aquí. Watts...

—No, no... Eso lo hará usted cuando ya hayamos cerrado el trato, inspector, cuando hayamos llegado a un acuerdo y yo... desaparezca de escena.

—Entiendo. Bien: ¿cuál es el trato?

—Venderle las vidas de esas diecisiete personas. Si no paga, inspector, le aseguro que serán asesinadas. Puede que sean un par de agentes, tres o cuatro esposas y cuatro o cinco niños... Cabe la posibilidad de que usted intente... y consiga en parte avisar a esos cinco agentes de que sus familiares y ellos mismos están bajo... control, listos para ser asesinados. Y, como es un hombre astuto y rápido, quizá salvaría algunas de esas diecisiete vidas. Pongamos... cinco o seis. Quizá diez.

—Pero morirán siete, Watts... ¿No es eso?

—Siete, por lo menos. De modo que considero digno de su inteligencia aceptar el trato que le propondré, sin avisar a nadie, sin recurrir a nadie, sin hacer otra cosa que la que yo le ordene... ¿Está de acuerdo, Hadaway?

Clarence encendió un cigarrillo y se dejó caer en el sofá, mirando serenamente a Millard Watts.

—De acuerdo. ¿Cuál es el trato?

—Matar a un solo hombre.

CAPÍTULO II

La impavidez del inspector especial del FBI sufrió un duro golpe. Palideció y quedó como petrificado, mirando fijamente a Millard Watts.

Reaccionó pronto, y dio una chupada al cigarrillo.

—¿Va a pedirme que asesine a Hoover, Watts? —susurró gélidamente.

—¡Es una buena idea que ya se me ocurrió, no crea...! —rió el visitante—. Pero no. No, no... No sólo sería descabellado pedirle eso a usted, puesto que no lo haría de ninguna manera, sino que la muerte de John Edgar Hoover no iba a solucionarnos nada a nosotros. Pondrían otro jefe en el FBI, y supongo que todo seguiría más o menos igual.

—No lo dude.

—Ya sé, ya sé...

—¿Cuál es el hombre al que tengo que matar?

—Es mucho menos importante que Hoover, para usted. Para nosotros, en cambio, es mucho más importante. Está en Miami, y se llama... Es decir —sonrió—, se hace llamar Jake Chabers.

Clarence quedó de nuevo inmóvil, con el cigarrillo a medio recorrido hacia su boca. Ladeó la cabeza y miró con un nuevo interés a Millard Watts.

—¿Al Chabers del «Caso Chabers»? —musitó.

—Exactamente, inspector. Veo que está bien informado de cuanto ocurre en el FBI.

—Sólo de los casos importantes, ya que a veces realizo labores de coordinación y asesoramiento, de modo que tengo que estudiar los casos importantes... Jake Chabers fue detenido hace dos días en Miami por algunos agentes federales de esa ciudad. Se le acusa de

espionaje.

—Absolutamente exacto. Chabers lleva dos días resistiendo los interrogatorios, pero nosotros sabemos que durará ya muy poco. Tenemos muy bien calibrados a nuestros hombres, inspector. Jake Chabers no resistirá otras veinticuatro horas de interrogatorio de sus expertos en el FBI.

—Así se supone. ¿Debo matarlo, para que no pueda hablar, para que no pueda decirnos todo lo que sabe?

—Me ha comprendido bien. Enhorabuena.

—Usted está loco, Watts.

Las facciones del hombrecillo mostraron una súbita dureza.

—Estaría loco si permitiese que Jake Chabers empezase a hablar, Hadaway. Por eso quiero que lo mate.

—Sigue pareciéndome loco. ¿Cómo espera que yo haga semejante cosa?

—¿Se niega?

—No es precisamente eso. Pero lo que me está proponiendo, aparte de que significa una traición al FBI, es completamente descabellado. Me será imposible matar a Jake Chabers.

—¿A usted? —sonrió de nuevo Watts—. ¿Imposible... a usted? Oh, vamos, Hadaway, no me venga ahora con actitudes modestas. Mire, en principio pensamos pedirle que sacase a Jake Chabers de la Delegación del FBI, en Miami, que lo dejase libre. Pero llegamos a la convicción de que eso sí es del todo imposible. En cambio, usted puede matarlo.

—Bien... ¿Y por qué yo? ¿Por qué no uno de esos agentes a los que usted tiene en esa película?

—También pensé en ello. A cualquiera de esos cinco hombres podría haberle ordenado que matase a Jake antes de que hable, de que su resistencia llegue al límite. Es posible que alguno de los cinco, puesto en su situación, hubiese aceptado... Sí... Posiblemente, cualquiera de ellos habría aceptado matar a un espía prisionero antes que permitir que su familia, él mismo, cuatro de sus compañeros y sus respectivas familias, fuesen asesinados. Pero no me gustan los trabajos mal hechos, Hadaway. Quiero a un hombre de nervio de acero. Al mejor. A usted. Quiero que vaya allá y mate a Jake Chabers.

—¿Se da cuenta de que me está dando la seguridad de que, en

efecto, Jake Chabers es un espía?

—Claro que me doy cuenta. Pero eso es algo que ustedes sabrían no tardando mucho, Hadaway. Y sabrían otras muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

Watts sonrió irónicamente.

—Otros nombres, sistema de claves y comunicaciones entre nosotros dentro de Estados Unidos, lugares de residencia, actividades de última hora, nombres de norteamericanos que trabajan para nosotros.

—¿Jake Chabers sabe todo eso?

—Sabe mucho de todo eso.

—Especialmente, de usted, Watts... ¿No es cierto?

—Es cierto.

—En todo esto hay algo que no comprendo.

—Se lo aclararé con mucho gusto.

—Es lo siguiente: para salvaguardar su seguridad, Watts, usted se ha dado a conocer por mí. Sabe muy bien que en menos de diez minutos puedo «dictar» su foto a los dibujantes del FBI. ¿Cuánto cree que tardaríamos en encontrarle?

—No me encontrarán nunca, Hadaway, porque ya tengo preparada la salida de Estados Unidos, apenas tenga la seguridad de que Jake Chabers está muerto. Entienda que si me he dado a conocer a usted, ha sido porque dudo mucho que cualquiera de mis compañeros fuese capaz de enfrentársele mentalmente, Hadaway. Ello claro está, significa mi sacrificio profesional en Estados Unidos. Pero siempre es mejor que yo abandone su patria, dejando muerto a Jake Chabers, a que éste pudiese delatar a todos los hombres que conoce. Muere Jake Chabers y yo tengo que abandonar el país. Pero los demás se quedarán aquí.

—Ya... ¿Y no será, Watts, que piensan matarme a mí cuando haya matado a Jake Chabers?

—Sería mucho más práctico, desde luego —sonrió Watts—. Pero un tanto arriesgado, quizá.

—¿Arriesgado? ¿Por qué?

Millard Watts miró a su alrededor astutamente.

—Me pregunto, Hadaway, si en estos momentos no tiene ya alguna foto mía, tomada con cámaras ocultas en este *living*, y que usted ha podido accionar sin darme yo cuenta... Si es así, cosa que

me parece más que posible, la muerte de usted no me solucionaría nada...

—Tampoco queda solucionado dejándome vivo, Watts, porque aunque no haya fotos ahora, yo tendré una de usted cuando la «dicte» a los dibujantes del Departamento.

—Para entonces, yo estaré lejos. En cambio, si usted se va a Miami con el consentimiento del FBI, nadie vendrá a buscar aquí fotos o cintas magnetofónicas, y mientras dure nuestro trato, yo sabré que usted no está... dictando mi rostro a nadie. Cuando lo haga, o cuando venga aquí a recoger las fotos, yo estaré lejos. Como ve, su vida no me interesa.

—Permítame dudarlo, Watts. Yo estoy convencido de que, una vez haya hecho el trabajo, querrán matarme a mí. Es lo lógico, y no vamos a discutir eso ahora. Yo haría lo mismo —sonrió fríamente—. Es más: lo he hecho en un par de ocasiones. Le aseguro que no me remuerde la conciencia haber cortado el cuello, en frío, a un par de hombres.

—¿Se da cuenta cómo dos personas inteligentes pueden entenderse, Hadaway? Por eso, tenía que venir yo, no enviar a cualquiera de mis hombres. Vamos a dejar en suspenso eso de que querré matarlo cuando termine su trabajo respecto a Jake Chabers... Porque supongo que acepta, ¿no es así?

—Lo estoy pensando. Watts.

—No creo que haya mucho que pensar. Si no acepta, diecisiete personas pueden morir antes de una hora, en Miami... Y todo ello, a cambio de la vida de un espía. Es un precio muy alto, Hadaway.

—Demasiado alto —musitó Clarence.

—¿Acepta? Ya que dice que sus sentimientos humanos pueden sobreponerse a veces a su mecanismo cerebral, ésta es la ocasión de demostrarlo. ¿Acepta?

—Acepto —dijo fríamente Clarence.

—Magnífico. Le daré...

Clarence se puso en pie, se acercó al hombrecillo y lo ridiculizó con su estatura, sus anchos hombros.

—Hay otro detalle, Watts.

—¿Cuál?

—Puedo partirle ahora mismo la cabeza, telefonar al FBI y que llamen por línea privada a Miami. En una hora, esos cinco agentes y

sus familias habrían sido retirados de la circulación... Y yo le tendría a usted. Y a Jake Chabers también.

Millard Watts miró incrédulamente al inspector especial.

—¿Tan tonto me cree, Hadaway?

—No... Claro que no. Lo tiene todo previsto.

—¡Naturalmente! Ni siquiera vengo armado, tal es mi seguridad de que usted va a jugar a mi modo. En estos momentos, dos personas están en contacto telefónico: una en Miami y otra aquí, en Washington... ¿Dice que una hora le bastaría para retirar a esos agentes y sus familias de la circulación? Demasiado tiempo, Hadaway —miró su reloj, sonriendo—. Si antes de diez minutos no he llamado por radio a cierta persona, en Miami se recibirá la orden de empezar a matar a esos cinco agentes del FBI y sus familias.

—Es una buena jugada —admitió serenamente Clarence—. Será mejor que llame por radio a esa persona. Jugaré limpio. Jake Chabers va a morir en el momento en que usted diga.

—Cuanto antes —dijo rápidamente Watts—. Y ahora que hemos llegado a un acuerdo..., ¿le importa que haga esa llamada?

—Le ruego que la haga.

Millard Watts sonrió de nuevo. Tomó una pequeña radio a pilas de la maleta y la accionó.

—Ven para acá —dijo—. Hadaway ha aceptado.

Guardó la radio y el proyector, tranquilo, y se volvió hacia el federal, sacando una boquilla de oro.

—Supongo que querrá pasar antes de despedirse, Hadaway y que, obviamente, buscará en el fichero general del FBI las fichas de esos cinco agentes de Miami.

—Desde luego... Y ya no estaré bajo su vigilancia. Watts. Podría llamar yo mismo a Miami...

—Eso está también previsto.

—¿De veras? ¿De qué modo?

—Pronto lo sabrá. Ahora, atienda las instrucciones. En cuanto se haya asegurado de que no estoy bromeando, y de que esos cinco agentes existen en sus oficinas, irá al aeropuerto. Allá tiene un avión preparado...

—¿Quién lo tripulará?

—Usted —sonrió Watts—. Y no me diga que no sabe hacerlo.

—Sé hacerlo. ¿Qué más?

—Oh, en primer lugar advertirle que no pierda el tiempo buscando pistas por medio de ese avión. Es alquilado, bajo un nombre tan falso que jamás lo encontrarán... Es decir, si lo encuentran van a llevarse una sorpresa. ¿Sabe qué documentación falsa empleó el hombre que fue a alquilar ese avión, Hadaway?

—Déjeme pensar —sonrió fríamente Clarence—. ¿La de un tal Clarence Hadaway?

—¡Exacto! —rió Watts—. Le aseguro que me encanta su inteligencia, Hadaway.

—A mí también.

Watts miró al inspector especial del FBI con divertida sonrisa.

—Bien... Llegará en unas cuatro horas a Miami. Son mil millas, aproximadamente. El avión está en perfecto estado, es rapidísimo, y no le faltará combustible. Una vez en Miami, se dirigirá inmediatamente a la Delegación del FBI y matará a Jake Chabers.

—¿Así, tan fácilmente?

—Usted sabrá hacerlo. Diga cualquier cosa que le permita acercarse a Chabers. Entonces, lo matará con esto.

Le tendió la boquilla. Clarence se quedó perplejo solo un segundo. En seguida, desenroscó la boquilla y se quedó contemplando lo que había en su interior, bajo la sorprendida y un tanto admirada expresión de Millard Watts.

—Tiene usted unos rapidísimos reflejos mentales, Hadaway.

—Era muy fácil. Supongo que todo este pequeño mecanismo está destinado a lanzar una casi invisible flechita envenenada a Jake Chabers.

—Exacto. Sólo tiene que...

—Sabré hacerlo. ¿Qué pasará una vez haya muerto Jake Chabers?

—Usted estará libre para llamar inmediatamente a los cinco agentes y sus familias. Es decir, no inmediatamente, sino... Digamos que concederemos un margen de seguridad para nosotros. Tendremos que asegurarnos de que Chabers ha muerto. Y asegurarnos nuestra salida de Miami y, de este modo, la misma noche, del país.

—¿Alguien más se marchará con usted?

—Desde luego.

—¿Quién?

Afuera se oyó la llegada de un coche, y Watts sonrió burlonamente.

—La persona que estará encargada de vigilarlo a usted en todo momento, Hadaway, a fin de saber si intenta tan sólo llamar al FBI, o comunicarse de cualquier modo con cualquier Delegación. Esa persona no se separará de usted ni un instante, sea de día o de noche, estén donde estén y hagan lo que hagan. Lo vigilará en todo, Hadaway. Cuando vaya al baño, cuando coma, cuando beba, duerma, hable... Cada media hora, esa persona llamará por radio, notificando que no hay novedad. Si tarda tan sólo un minuto más de media hora en utilizar la radio igual a la que yo tengo, empezará la matanza.

—¿Tiene radio el avión?

—La tiene. Pero ha sido inutilizada. Eso le permitiría a usted deshacerse de esa persona en el avión, aterrizar en cualquier otro punto y desde allí avisar al FBI..., si no fuese porque el tiempo de llegada a Miami está rigurosamente cronometrado. Si llega tan sólo un minuto más tarde de la hora prevista al Miami International Airport...

—Empezará la matanza, lo sé. Todo está muy bien preparado, Watts. Y supongo que habrá alguien en el aeropuerto de Miami, esperando.

—Desde luego. A usted y a su acompañante los estarán siguiendo siempre, en todo momento. Y cada media hora, su acompañante tendrá que llamar por la radio, asegurando qué todo marcha bien. De lo contrario...

—Entiendo. ¿Quién será mi acompañante? ¿El que acaba de llegar en ese coche?

En aquel momento sonaba la llamada a la puerta.

Watts hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y Clarence fue a abrir.

—¿Qué tal, señor Hadaway? ¿O debo llamarlo inspector?

Clarence se asombró, pero, como siempre, sólo durante un segundo. Después, miró a la hermosa muchacha con su serenidad habitual.

—Si ha de estar conmigo a todas horas, deberá llamarme Clarence —dijo secamente—. Es lo más conveniente.

—Primera lección —dijo Watts junto a ellos—. Te aseguro que

vas a aprender buenas cosas junto al inspector Hadaway, Lissa. Lo de llamarlo simplemente Clarence me parece una magnífica idea.

—Lo admito —sonrió la muchacha—. ¿Puedo pasar, o terminamos la reunión en la calle, a la vista de los vecinos, Clarence?

Hadaway se apartó y la muchacha entró, con pasito vivo, menudo, cimbreante. Era más bien alta, esbelta, de cuerpo bien modelado. Tenía una bonita cabellera color platino y sus ojos eran dorados, brillantes. La boquita se alargaba un poco, dejando un huequecito en el centro, entre los llenitos labios. Posiblemente, no tendría más de veinte o veintidós años. Vestía con corrección y elegancia, y una sola mirada bastaba para comprender que sabía desenvolverse bien, con buenos modales, en cualquier lugar o situación.

Tras el examen, y cuando miró a Watts, Clarence se encontró con la irónica mirada del espía fija en él.

—Espero que el acompañante sea de su agrado, Hadaway.

—Físicamente, sí...

—¡Magnífico!

—Pero, profesionalmente, no, Watts.

—¿No? —sonrió la muchacha—. ¿Puedo saber qué encuentra de malo en mí, Clarence?

—Demasiado bonita. No me gusta trabajar con mujeres, quiero que lo sepan los dos.

—¿Tiene algo contra nosotras? —rió Lissa.

—Me encantan las muchachas bonitas. Pero siempre en el terreno personal... Sólo en el terreno personal.

—Bien... Quizá se llegue a un acuerdo también en eso —deslizó dulcemente la muchacha.

—Lo dudo —la negra mirada de Clarence se clavó irónicamente en Watts—. Espero que no hayan concebido la estúpida idea de que la chica llegue a dominarme por... amor, Watts.

—Le respetamos demasiado para eso, inspector —negó Watts—. Lissa Dalles tiene como única misión vigilarlo a usted. No vamos a discutir su punto de vista respecto a la conveniencia... o sus gustos particulares... de que fuese mejor colocarle a un hombre. Pero siempre será admitido como más natural que un hombre atractivo como usted lleve a todas partes a una chica como Lissa que a

cualquier ejemplar con barba.

—¿A todas partes? —Gruñó Clarence.

—Absolutamente a todas. A todas, inspector Hadaway. Lissa no le pondrá reparos en nada, la lleve donde la lleve, de día o de noche... Claro está que esperamos tener solucionado el asunto antes de la noche.

—Está bien... Quiero hacerles una advertencia, Watts.

—¿Una advertencia? Bien... Le escuchamos.

—Si consideran que voy a vacilar en matar a Lissa en cuanto la ocasión sea propicia, están en un error. Tan sólo que vislumbre una pequeña posibilidad de salir de esto, la mataré, si es necesario. Ser mujer no le va a representar ninguna ventaja en ese aspecto.

—Sabemos cómo se trabaja en nuestra profesión, Hadaway —musitó Watts—. Y todos corremos ese riesgo. Sólo que... no olvide que diecisiete vidas dependen de usted en este momento. Y tan sólo que Lissa tarde un minuto más de media hora en hacer su llamada por radio, mis hombres empezarán su trabajo en Miami.

—De acuerdo, de acuerdo... ¿Estará usted allá?

—Puede que sí, puede que no —sonrió fríamente Watts—. Si lo que intenta es averiguar por dónde voy a salir de Estados Unidos, está perdiendo el...

El teléfono sonó en aquel momento, y los tres se volvieron, un poco sobresaltados por la sorpresa, hacia el aparato. Hadaway no se movió, Permaneció mirando a Watts hasta que éste autorizó:

—Conteste.

Clarence miró su reloj.

—Hace diez minutos que tendría que estar en el Departamento... Y como no es así, es posible que el señor Hoover haya preguntado la causa de que Clarence no haya pasado a saludarle, como cada mañana, antes de emprender mi trabajo en la Sección Especial.

—Diga lo que quiera..., pero cuidado, Hadaway.

Clarence atendió la llamada. Sonrió cuando Watts se colocó a su lado, queriendo oír lo que hablaba y lo que decían.

—Aquí, Hadaway...

—¿Clarence? El jefe...

—En seguida salgo para ahí, Rick.

—¿Ocurre algo?

—No, hombre, no... He estado pensando algo interesante... Es posible que salga para Miami dentro de una hora. He pensado en el «Caso Chabers», y siento curiosidad por él.

—Oh. Bien eso es lo tuyo.

—Díselo a Hoover, Dick.

—Imposible. Llegó aquí, removi6 unos papeles, pregunt6 por su gran favorito y se larg6 a toda prisa, hacia Nueva York. En estos momentos est6 rodando hacia el aeropuerto.

—Pues llámalo al coche y di lo que hay.

—Vale. No sea que el hombre se vaya con la congoja de creer que al superespía nos lo han quitado de en medio... —rió Rick—. Oye, ¿quieres que te prepare algo a máquina respecto al «Caso Chabers»?

—Lo recuerdo todo muy bien... Pero es una buena idea, Rick: que me pasen el informe a máquina. Lo recogeré dentro de media hora.

—Pondré a dos secretarias.

—Magnífico. Hasta ahora, Rick.

—Okay, fenómeno.

Clarence colgó y se quedó mirando con amable burla a Watts.

—¿Alguna sospecha, Watts? ¿Cree que le he pasado algún mensaje «extra» a mi compañero?

—Estoy seguro de que no, Hadaway. Usted no es tan tonto, tan... insensato. Bien, eso es todo... Supongo que nunca volveremos a vernos, Hadaway.

—¿Quién sabe?

—Claro... ¿quién sabe? Cabe la posibilidad de que nos encontremos en Europa, o en Asia... Como supongo que entonces no tendré ventaja como la actual sobre usted, temo que las cosas se pondrán difíciles para mí... Que gane el mejor, Hadaway.

—Siempre ocurre así.

—Claro —sonrió Watts—. Claro; siempre gana el mejor. Adiós... Adiós, Lissa.

—Adiós —dijo la muchacha—. Es decir, hasta la noche, en el punto de partida.

Millard Watts asintió con la cabeza y se marchó.

Entonces, Clarence Hadaway sacó su pistola y apuntó desganadamente con ella a la muchacha.

CAPÍTULO III

Lissa Dalles se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos, más de incredulidad que de miedo. Pero Clarence sonrió a medias, secamente, y preguntó:

—¿Hay inconveniente en que la lleve..., o debo dejarla?

La rubia platino suspiró contenidamente.

—Deberá llevarla, inspector...

—Clarence, querida. Vamos a estar juntos unas horas, y se supone que existe cierta intimidad entre nosotros. De otro modo, jamás entrarías conmigo en el Departamento.

—Claro... Pues decía, Clarence, que deberás llevar la pistola, ya que todo ha de ser natural, nada ha de parecer insólito en ti a tus compañeros.

—Por supuesto. ¿Qué estamos esperando para salir?

—Cinco minutos. Millard tiene que alejarse de aquí.

Clarence asintió con la cabeza. Volvió a sentarse y encendió otro cigarrillo. Miró a la muchacha, que lo contemplaba con cierta admiración y un incontenible respeto que intentaba disimular a toda costa. Al parecer, el nombre y las cualidades profesionales de Clarence Hadaway eran conocidos por aquel grupo de espías. Y a buen seguro que no las tenían todas consigo.

De pronto, Clarence pregunto en ruso:

—¿Quieres un cigarrillo?

—¿Qué...?

Lissa no se había inmutado en lo más mínimo y, efectivamente, pareció no entender la pregunta. Clarence encogió los hombros.

—Nada.

—Es que no he entendido.

—No me hagas caso. A veces me gusta hablar en ruso.

—Oh... Ya entiendo... —sonrió ella—. ¿Has quedado decepcionado?

—Ligeramente. Pero tarde o temprano sabré tu nacionalidad, por muy entrenada que estés. Supongo que eres el... producto de toda una vida dedicada al espionaje, al fingimiento. Y, además, puesto que Watts se ha atrevido a dejarte en mis manos, es de esperar que esté convencido de que sabrás sostener la situación.

—Desde luego. Sólo que me pregunto, Clarence, quién está en manos de quién.

—Es cierto... Es cierto. ¿Crees que han pasado ya los cinco minutos?

—Todavía no.

—Bien.

Clarence Hadaway continuó fumando, pensativamente. Desde luego, estaba metido en un lío de lo más inesperado. Se supone que, en general, las situaciones de espionaje se repiten... Y, en el fondo, es posible que sea cierto. Todo se reduce a ser más inteligente que los enemigos, y a saber matar con oportunidad.

—Es una medida demasiado dura la que habéis tomado con respecto a Chabers, ¿no crees?

—No es el primero que muere, Clarence. Nuestra profesión es así. Hay espías de pacotilla, de esos que sólo saben tomar fotos y huir como conejos cuando hay peligro. Son la clase de gente que ni siquiera saben manejar una pistola, o un cuchillo, o un veneno. Nosotros pertenecemos al grupo especial de auténticos espías. La muerte es... un pequeño tropiezo que todos debemos evitar. Cuando no se sabe cómo hacerlo...

—Ya, ya... En parte —sonrió duramente—, será un placer matar a uno de los vuestros. Espero que no me o tengáis en cuenta...

—Oh, no... Al fin y al cabo, estás recibiendo órdenes nuestras. Tienes nuestro permiso para matar.

—Será un placer, insisto. Y supongo que en muy pocas ocasiones volveré a encontrarme en este caso. No es frecuente que los propios enemigos den permiso para matar.

Quedó de nuevo pensativo. Evidentemente, tenía que encontrar una solución para el problema, pero, por nuevo, todo resultaba mucho más difícil. Si sólo se trataba de salvar su propia vida, de intentar alguna acción, por desesperada que fuese, el problema no

existiría. Pero, si él hacía algo mal, cinco agentes del FBI controlados y vigilados, iban a ser asesinados..., con sus respectivas familias. Por supuesto, no le estaban engañando. Resultaría pueril una mentira de esa clase en una gente que hacían las cosas tras pensarlas en poco tiempo con tal precisión, con tales sistemas de seguridad y control sobre el peligrosísimo Clarence Hadaway.

Y, naturalmente, los planes de Watts y la chica eran matarlo a él cuando hubiese hecho su trabajo. De eso sólo podía dudar un imbécil. Quizá fuese cierto que abandonarían Estados Unidos, pero, desde luego, sus intenciones eran dejar, como único rastro, el cadáver de Clarence Hadaway.

—Ahora podemos marcharnos, Clarence.

—Bien.

Apagó el cigarrillo en el cenicero, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. La abrió y dejó pasar a Lissa Dalles. Antes de cerrar, dirigió una mirada general a su hogar. Hogar, dulce y solitario hogar...

Posiblemente, jamás lo volvería a ver.

* * *

Rick se quedó mirando a Lissa, agradablemente sorprendido.

—Demonios, Clarence...

—Se llama Lissa... —sonrió Clarence—. Lissa, él es mi amigo Rick. El mejor inspector especial del Servicio.

—No te burles... —Gruñó Rick—. Si yo fuese el mejor, sería yo quien llevaría conmigo a Lissa. ¿Cómo estás, preciosa?

Lissa soltó una risita, y tendió su manita a Rick, sin soltarse, con la otra, del brazo de Clarence.

—Estoy muy bien, señor.

—Eso salta a la vista... ¿Dónde la encontraste, Clarence? Y vas a darme explicaciones respecto a esto. No eres el tipo que frecuente el trato femenino para pasar el rato, de modo que...

—La tenía escondida debajo de un rosal, para que los amigos no me la quitasen —sonrió Clarence, de nuevo—. Tengo algo de prisa, Rick, de modo que tendrás que perdonarnos. ¿Está terminado el informe?

—Dame cinco minutos más. Las chicas están trabajando como esclavas, hombre.

—Mientras tanto, iré al Fichero...

—¿Algo especial? ¿Qué se cuece en tu cabeza?

—No hables así, hombre; has de ser un poco más serio.

—Bueno... Yo no tengo la culpa de que me hayan nombrado inspector tan joven, ¿no? Bueno... Esto... Vaya, es una buena idea la tuya de ir al fichero. Yo te vigilaré a Lissa.

—Ni hablar. Ella viene conmigo...

Rick alzó las cejas y miró a su amigo.

—¿Es una broma, Clarence?

—Ninguna broma. No me fío de ti...

Se quedó mirando inexpresivamente a Lissa, que acababa de encender un cigarrillo con su bonito encendedor, al cual dirigió en seguida Clarence Hadaway una rapidísima mirada. No hizo ningún comentario, llevándose a la muchacha de allí, y dejando a Rick Holligan un poco perplejo.

Durante el recorrido hacia el Fichero, Lissa Dalles estuvo todo el tiempo jugueteando con su encendedor, pero Clarence ya no lo miró ni siquiera una vez. Tomaron el ascensor, hacia los sótanos, y luego recorrieron largos pasillos iluminados con fluorescentes redondos, empotrados en el techo. Todo era cristal y aluminio. Hombres y mujeres con papeles iban rápidamente de un lado a otro, y la mayoría saludaban a Clarence, todos con un tono de respeto y afecto: sabían muy bien quién era aquel hombre que recorría el «sanctasanctórum» del Servicio Central del FBI como sin darle importancia a nada. Y si llevaba al lado a una mujer, buenos motivos habría para ello. Quizá una nueva empleada administrativa, o laborista... Si estaba allá con Clarence Hadaway, era que podía estar. Y eso era todo.

Y mientras tanto, Lissa Dalles jugueteaba sin descanso con su encendedor, repartiendo sonrisas tímidas entre quienes saludaban a su apuesto y adusto acompañante.

—Buenos días, inspector... ¿Puedo ayudarle en algo?

—No, James... Buscaré yo solo. Gracias, de todos modos.

Entraron en el Fichero. Un par de agentes destinados a aquel servicio, sonrieron amablemente al ver a Hadaway, pero, al instante, clavaron una mirada hosca en la muchacha y, acto seguido, miraron incrédulamente a Clarence.

Éste musitó, sonriendo:

—No complique las cosas, nena. Si no me espera aquí, todo va a complicarse.

Ella también consiguió sonreír.

—No puedo perderle de vista ni un segundo, Clarence.

—Pues tendrá que hacerlo. No la conocen, de modo que le pedirán su identificación dentro del Departamento. Si no la enseña..., y supongo que eso no podrá hacerlo, no la dejarán pasar más allá, por muchos Clarence Hadaway que la acompañen. Pero no se preocupe. Desde aquí podrá verme perfectamente. Y no sea idiota; por el momento, pienso jugar a su modo.

La dejó allí, en el pequeño espacio de la entrada, y se dirigió a los ficheros. Cuando la miró, Lissa Dalles seguía manejando su encendedor, pero mirándole a él fijamente.

Backus... Joseph Arnold Backus, treinta y cuatro años, natural de...

Sí. Allí estaba. Y estaba su fotografía, naturalmente, acompañando sus datos antropométricos...

También estaban las fichas de los otros cuatro agentes: Martin Shelton, Richard Quinn, Lewis Chapel y Bob Dolan. No tenían una sola mala nota en su ficha. Agentes más bien corrientes, pero bien conceptuados. El que menos, llevaba cinco años en el FBI.

Clarence apretó las mandíbulas y dirigió una torva mirada a la muchacha, que le sonrió cariñosamente. Bien... Estaba muy bien. Él iba a hacer lo que fuese necesario por salvar la vida a aquellos cinco agentes que llevaban entre doce y cinco años sirviendo al FBI.

—Y caiga quien caiga, preciosa —musitó Clarence—. Por poco que yo pueda, te aseguro que no serán esos hombres. Ni sus familias.

Estaba claro que Millard Watts tampoco pensaba cumplir su parte del trato en aquel aspecto. Por supuesto, aquellos cinco hombres, aunque quizá no sus familias, iban a ser asesinados. Serían cinco agentes del FBI menos. Era un bocado demasiado apetitoso para dejarlo escapar... La cosa estaba tan mal, tan difícil, que cuando Clarence se reunió con Lissa Dalles, su expresión era sombría, casi violenta.

—No pongas esa cara, querido... —sonrió ella—. ¿Qué esperabas...? ¿Que nos hubiésemos inventado unos cuantos agentes del FBI?

—Vamos. Y te aconsejo que no me irrites demasiado.

Salieron del Fichero, sin despedirse Clarence. Con lo cual, algunos ceños quedaron fruncidos.

Recorrieron el camino a la inversa, Rick Holligan estaba esperándolos, sentado en un sillón, hojeando el informe mecanografiado a toda prisa por el par de secretarias. Lo tendió a Clarence, pensativo.

—¿Qué te ha llamado la atención de esto, Clarence? Es un caso vulgar, y el tipo no parece demasiado interesante...

—Una corazonada.

—Ah... Bien, tus corazonadas valen oro, por lo general... ¿Cuándo sales?

—Ahora. Adiós, Rick.

—Adiós, hombre... Adiós, preciosa.

Ella sonrió, mientras Clarence casi la arrastraba. Rick Holligan permaneció allí, pensativo, hasta que un hombre de cabellos canosos y mirada de halcón se levantó de su mesa y se acercó a él.

—¿Qué le pasa a Clarence?

—No lo sé... —musitó Holligan—. Te juro que no lo sé, Mike.

—¿Algún asunto especial?

—¿Especial? Es un caso corriente... No. No es demasiado corriente, pero en modo alguno parece tener la envergadura suficiente para interesar nada menos que a Clarence Hadaway.

—¿Entonces...?

Rick movió pensativamente la cabeza. Fue a su mesa, apretó un botón de su aparato comunicador y esperó unos segundos.

—Fichero.

—Oye, Simmons. ¿Ha estado el inspector Hadaway ahí?

—Sí, señor.

—¿Qué ha hecho?

—Ha mirado unas cuantas fichas y se ha marchado sin saludar a nadie.

—¿De veras? ¿Qué fichas ha mirado?

—De las nuestras... De los agentes especiales en acción.

—¿Sabes qué fichas son esas?

—No, señor... Lo siento, señor. Espere... Una de ellas pertenece a la B... Es todo cuanto puedo decirle.

—Bien... Gracias, Simmons.

Colgó, se quedó pensativo, y de pronto alzó la cabeza hacia el otro inspector, llamado Mike. Abrió los brazos en un gesto de impotencia, torció el gesto y refunfuñó:

—Sigamos con lo nuestro, Mike. Clarence nos explicará a su debido tiempo lo que sea.

* * *

El avión biplaza despegó sin ningún contratiempo y, rápidamente, Washington fue quedando atrás, y cada vez más abajo.

Lissa Dalles miró su relojito y musitó:

—Las diez y veinte, Clarence. Son cuatro horas de vuelo explotando al máximo el aparato... De modo que, a las dos y veinte de la tarde, este avión debe aterrizar en el Miami International. Si puede ser antes, mejor... Pero ni un minuto más tarde.

Clarence ni siquiera la miró.

—¿Tienes un cigarrillo? —pidió.

—Desde luego...

Ella abrió su bolsito y sacó el paquete de cigarrillos. Colocó uno en los labios del inspector especial y otro en los suyos. Sacó el encendedor, prendió el del

G-man

y luego el suyo. Cuando iba a guardar el encendedor, la morena y firme mano de Clarence se lo quitó suavemente.

—¿Permites?

Había colocado el mando piloto, de modo que el aparato volaba solo, manteniendo la altura. Los motores rugían, llevando una vibración bien equilibrada a la cabina. El cielo, azul, sin una sola nube. Abajo y atrás, Washington. Inmediatamente debajo, bosques...

Clarence Hadaway abrió el encendedor, quitó el microfilme y se lo quedó mirando con evidente interés.

—También nacional... —musitó—. La mayoría de las cosas las hacéis bastante bien, Lissa. Espero que no sea inflamable... Adquirir uno de esos microfilmes suele llamar un poco la atención.

Sostuvo el microfilme con dos dedos. Con la otra mano, accionó el encendedor y aplicó la llamita a un extremo. Lissa Dalles lo miraba entre irritada y divertida.

—Mi obligación era intentarlo, Clarence... —acabó sonriendo.

—Desde luego. Y la mía, destruir este microfilme. No hay que abusar de la situación privilegiada, querida.

Y el devolvió una dura y fría sonrisa. Ella guardó el encendedor y se quedó mirando al hombre.

—Me gustas, Clarence —dijo de pronto.

El la miró casi amablemente.

—Muy agradecido. Pero..., ¿en qué sentido te gusto?

—Oh, pues... Bueno, en todos los sentidos. Ya me entiendes...

Claro. Y tú también me gustas a mí..., pero sólo en un sentido. Y en ese sentido, puedo encontrar mujeres mejores que tú.

Lissa Dalles enrojeció ante una ofensa tan directa a la mujer, no a la espía. Se encerró en un hosco mutismo que Clarence Hadaway no se molestó en romper.

* * *

—¿También alquilado a mi nombre? —señaló Clarence el coche al que se acercaban.

—También, desde luego —sonrió Lissa.

Era un automóvil negro, serio, no demasiado grande, que estaba esperándoles, vacío, en el *parking* superior del Miami International Airport. Las llaves estaban sobre el asiento y puesto que la ventanilla tenía el cristal recogido, Clarence pudo tomarlas fácilmente. Abrió la puerta y miró a su alrededor, mientras la muchacha rodeaba el coche y quedaba ante la otra portezuela. Cuando Clarence la abrió, ella se sentó y lo miró burlonamente.

—¿Lo has visto? —preguntó.

—No. Tiene que estar por aquí, en otro coche, vigilando éste, pero no puedo adivinar quién es. Supongo que vuestro hombre no habrá fallado.

—No temas. Está cerca de nosotros... Puedes salir ya...

Clarence puso en marcha el coche, mientras Lissa sacaba la pequeña radio de su bolso y la ponía en funcionamiento.

—¿Lissa? —preguntaron en seguida.

—Todo bien... —sonrió ella—. ¿Hemos llegado a la hora fijada?

—Casi veinte minutos de adelanto. Buen piloto. ¿No ha ocurrido nada peligroso?

—El inspector Hadaway se muestra dócil y correcto, Fickett... Y

ahora, síguenos; nos dirigimos directamente a la Delegación del FBI.

—Bien.

Lissa cortó y miró vivamente a Clarence cuando éste detuvo el coche en seco.

—¿Qué ocurre ahora?

CAPÍTULO IV

—Ocurre, querida, que de ninguna manera pienso dirigirme directamente a la Delegación...

Lissa Dalles lo miró sin comprender.

—¿Que no piensas...? ¿Qué estás... intentando?

—Nada. Quiero mi paga.

—¿Tu paga? —Quedó boquiabierta Lissa.

—Mi paga, eso he dicho. Dijimos...

Sonó un zumbido en el bolso de la muchacha, que sacó la radio y respondió a la llamada del hombre con el cual había hablado segundos antes.

—¿Qué ocurre, Lissa? ¿Por qué no seguís?

—Espera... Clarence Hadaway tiene algo interesante que decirnos. Dice que quiere su paga... —Mira a Clarence—. ¿Qué paga es ésa, Clarence?

—Las vidas de diecisiete personas.

—Oh... Está bien, entiendo... De acuerdo: tendrás esas vidas...

—Querida, me estoy convirtiendo en algo que no suele darse con facilidad en el FBI: un traidor... Un traidor al Servicio, al trabajo del FBI, no a sus hombres, ya que la traición es para salvar esas cinco vidas y doce más. No pienso matar a Chabers sin tener la seguridad de que, siquiera sea por el momento, esas personas están vivas.

—Supongo que no hablas en serio.

—Pues supones mal. Creo que algo grave va a ocurrir, si yo no me convenzo pronto de que esa gente está viva.

—¿Algo... grave?

—Desde luego. Si no aceptas mi trato, voy a considerar que ya habéis empezado la matanza..., lo cual no me extrañaría, y visto desde el aspecto de nuestra profesión, me parecería natural... Sobre

todo, en lo que respecta a las vidas de los cinco agentes federales. Y si llego a considerar que habéis empezado la matanza, querida, yo voy a hacer lo mismo... —sonrió secamente—. Y te aseguro que no pienso empezar por Jake Chabers, precisamente. ¿Me entiendes?

Lissa Dalles palideció hasta la lividez. Sabía que Clarence Hadaway estaba hablando completamente en serio. Alzó un poco la radio y preguntó, tensa:

—¿Lo has oído, Fickett?

—Sí. Y yo creo...

—No crea nada, Fickett —cortó secamente Hadaway—. La cosa va con usted también. Sé ya qué coche ocupa..., lo estoy viendo por el retrovisor, se ha detenido en seco, como yo. Le aseguro que no va a ser divertido para usted pelear conmigo a pistola.

Hubo unos segundos de silencio en la radio. Por fin, se oyó la voz del llamado Fickett:

—Cálmese, Hadaway... Todo puede arreglarse.

—Eso espero. Y para mí, el único arreglo que existe es convencerme de que no han empezado a asesinar niños y mujeres. Quiero verlos vivos ahora.

—¡Está loco! —protestó Fickett, por la radio—. Si vamos a visitar esas cinco casas, necesitaremos más de tres horas... ¡Y no podemos apurar tanto el tiempo, Hadaway!

—Déjeme ver a una sola de esas familias, todos vivos, y aceptaré que, por el momento, los demás también lo están. Sólo una familia, amigo Fickett... De lo contrario, creeré que ya los han asesinado a todos, y saldré a buscarlo a usted después de matar a Lissa.

Fue ésta la que habló, pálida:

—Fickett, ¿cuál es la dirección más cercana de una de esas familias?

—Un momento —hubo una pausa—. ¿Lissa?

—Te oímos.

—El 889 de la North West 30th Street, en Allapath, cerca de Melrose Park. Allí vive el agente del FBI llamado Martin Shelton.

—Entonces, Fickett, vamos para allá —informó Hadaway.

—Bien... De acuerdo, Hadaway. Pero sólo una visita.

—Sólo una, acepto.

—Salga del aeropuerto, tome Airport Expressway, y...

—Ahórrese molestias. Conozco Miami mejor que usted.

Era, en efecto, la casita con jardín que aparecía en la película que Millard Watts le había mostrado seis horas antes en su casa de Washington. Una casita no demasiado grande, pero bien conservada, con muchas flores... El jardín era bastante grande, y había dos enormes sicómoros, uno a cada lado del caminito que llevaba al porche de la casa, entre el césped.

En uno de ellos, un hombre se dedicaba a podarlo cuidadosamente, sosteniéndose con agilidad en una de las ramas. Eran dos árboles notables, ya que, si Clarence no recordaba mal, procedían de Egipto. Sería curioso saber cómo habían sido colocados allí aquellos dos gigantes.

El hombre los miró pasar, movió la cabeza y continuó manejando las grandes tijeras y la vara con la cuchilla.

Clarence y Lissa subieron al porche y tiraron de la cadenita. La puerta fue abierta por la muchacha rubia que el

G-man

ya conocía por la película. Los miró y sonrió cortésmente, expectante.

—¿Señora Shelton?

—Sí...

—Mi nombre es Ralph Morton... Soy amigo de su esposo... ¿Está él en casa?

—No... Lo siento...

—Bien, yo...

Un chiquillo de unos siete años apareció por un lado de la mujer y se quedó mirando a los visitantes con enorme curiosidad. Hadaway lo señaló, sonriendo.

—¿El pequeño Martin, supongo?

—Oh, sí...

—Martin me ha hablado muchas veces de él... Entiendo que es un gran jugador de *baseball*, señora.

Susan Shelton sonrió decididamente, ganada por la cordialidad del

G-man.

—Bueno... Todos los niños prometen ser unos grandes jugadores de *baseball*, señor Morton.

—Sí... —rió Clarence—. Es como..., como una epidemia,

¿verdad?

—Eso me parece a mí... —Sonreía todavía Susan Shelton—. ¿No quieren pasar? ¿Aceptarían una taza de café o té...?

—Con mucho gusto, señora. Le presento a la señorita Dalles, mi prometida.

—Es muy bonita —tendió la mano Susan Shelton.

—Eso creo yo... Estamos de paso por Miami y había pensado ver a Martin, saludarlo... y presentarle a Lissa. Ocurre que él está convencido de que seré siempre un solterón y... Bueno, he pensado sacarle de su error. Dentro de poco, espero tener un chico que juegue al *baseball* tan bien como el suyo... ¿Crees que eso será posible, Martin junior?

—¡Le enseñaré mi equipo! —dijo el niño, corriendo hacia el interior de la casa.

Susan se apartó, riendo, y Clarence y Lissa entraron en la casa.

—Iré a preparar el café.

—No se moleste. Nos iremos en seguida...

—¿No van a esperar a Martin?

—No tenemos tiempo. Quizá a la vuelta lo veamos.

—Bien... De todos modos, él no me perdonaría que los dejase marchar sin invitarles a café por lo menos. En seguida estoy con ustedes.

—Es usted muy amable, señora Shelton.

La mujer se fue hacia la cocina, dejándolos solos en el *living*. Clarence miró a su alrededor. Luego, se acercó a la ventana y apartó la cortinilla y miró hacia lo alto del sicómoro, donde el hombre continuaba su trabajo. Lissa se colocó al lado del

G-man

y éste, sin mirarla, musitó:

—¿Es él?

—Sí.

—Buena idea... Me pregunto si hay algo más antagónico que un asesino y un jardinero. Supongo que sabrá alargar el trabajo hasta el momento... oportuno.

—Lo hará.

—Y luego asesinará a la señora Shelton y al niño, ¿no?

—Sólo si es necesario, Clarence.

—¿Necesario? Comprendo muy bien que os complazca liquidar a

unos cuantos agentes del FBI, pero me parece repulsivo que empleéis a un niño en vuestro juego.

—¿Tú no lo harías?

—Positivamente, no. Soy capaz de hacer cualquier cosa, querida. Pero siempre cuento conmigo mismo, con mi fuerza o mi habilidad. Creo que no mataría a ningún niño del mundo.

—Pensamos diferente. Eso es todo.

Clarence la miró fijamente. ¿En verdad había un corazón tan petrificado bajo aquellos bonitos y dulces senos juveniles?

—Ha sido buena tu decisión de no decir que eres Clarence Hadaway... Pero no alargues mucho la visita. Tienes algo que hacer, ahora que ya estás convencido.

—Está bien.

Miró de nuevo hacia el podador de árboles. Desde aquella misma ventana, habría sido sencillísimo meterle dos balas en la cabeza. Ni siquiera habría necesitado esforzarse, dada su infalible puntería...

—No lo pienses, Clarence... —musitó Lissa—. Salvarías a esos dos, pero quedan otros muchos que morirían.

Hadaway no contestó. Fue a un sillón y se sentó justo en el momento en que el pequeño Martin aparecía arrastrando su equipo completo de jugador de *baseball*. Clarence lo examinó, haciendo comentarios que entusiasmaron al chiquillo. En dos minutos, lo tenía fascinado, pendiente de sus palabras, de sus anécdotas respecto al juego, de las hazañas de los grandes jugadores...

La señora Shelton apareció pronto, con el café, que tomaron los tres en un ambiente amable, cordial. Pero apenas diez minutos más tarde, Clarence se puso en pie.

—¿Ya se van? —se decepcionó el niño.

—Los aviones no esperan, Martin —sonrió Hadaway—. Pero te prometo volver pronto... a ganarte algunos juegos... ¿Okay?

—¡Sí, señor! ¿Cuándo vendrá?

—Pues no sé... Pronto...

Se despidieron. Poco después, estaban los dos en el coche, y la muchacha de cabellos color platino utilizó una vez más su radio.

—Todo bien, Fickett. Nos vamos ahora a la Delegación...

—Todavía no... —sonrió Clarence—. Antes tengo que buscar alojamiento.

Lissa Dalles enrojeció de ira.

—¡Alojamiento! —exclamó ella—. Déjate de más tonterías, Clarence, o...

—Nena, cada vez que vengo a Miami, lo primero que hago es buscarme un alojamiento. De modo que eso es lo primero que vamos a hacer ahora, a menos que quieras ver a mis compañeros un tanto... asombrados. Conozco un buen motel donde si no tienes inconveniente, nos inscribiremos con el nombre de señor y señora Morton... ¿Bien?

—¡No!

—El motel está no demasiado lejos de la Delegación, en el 64 de la North Sast 52 Terrace, en Buena Vista. Todo quedará muy natural así... Y a mí me gusta hacer bien las cosas.

Lissa estuvo unos segundos mirando fijamente al G-man.

Por fin, susurró fríamente:

—Vamos a ir a ese motel, Clarence... Haremos lo que tú digas. Pero lo primero que preguntarás a tus compañeros del FBI será si Jake Chabers ha dicho algo. A ti no te mentirán. Y si Chabers ha dicho algo, Clarence, el trato no será válido... Me detendrás a mí, lo sé. Pero no olvides que si en media hora Fickett no ha oído mi voz en su radio, algunas personas empezarán a morir.

—De acuerdo. Preguntaré si le han arrancado algo a Chabers... Y si así ha ocurrido ya, temo que las cosas irán de modo muy distinto a lo convenido —acarició delicadamente el hermoso cuello femenino y, de pronto, sus dedos apretaron un poco de más—. Pero serán muchas las personas a lamentarlo, querida.

—¡Suéltame! —chilló ella, quitándose la mano del cuello de un nervioso manotazo—. ¡Y vamos ya a ese motel y, en seguida, a la Delegación del FBI!

—Tú mandas —sonrió mansamente el G-man.

Se sentía más seguro ahora. Sabía que aquella gente no pensaba precipitarse. Eso quería decir que no matarían a nadie hasta tener la seguridad de que Jake Chabers había sido... ejecutado. Por tanto, tenían que esperar. A fin de cuentas, lo que les interesaba a ellos no

era que aquellas diecisiete personas viviesen o no, sino que Jake Chabers muriese antes de declararse vencido en el interrogatorio. Eso era, en definitiva, lo único que realmente les importaba.

Esperarían. No podían arriesgarse a que Clarence Hadaway supiese que alguien de los amenazados había muerto, porque, en aquel caso, el inspector especial del FBI empezaría su propio juego.

Esperarían.

* * *

Tomaron la cabaña número catorce en el Sun Terrace Motel, sito en el lugar que había indicado Clarence, en Buena Vista, apenas a una milla de la Delegación del FBI, en el 3801 de Biscayne Boulevard...

Luego, volvieron a salir, se metieron en el coche y Lissa hizo funcionar nuevamente la radio.

—Ahora sí, Fickett; vamos a matar a Chabers.

—Bien. Estaré cerca, afuera, por si ocurriese algo.

—De acuerdo.

Cerró la radio, la guardó en su bolsito y miró de reojo a Clarence Hadaway, cuyo rostro se mostraba impenetrable.

Seguía el juego... con permiso para matar.

CAPÍTULO V

Del brazo de Clarence Hadaway, Lissa Dalles no tuvo dificultad alguna en entrar en la Delegación del FBI, e, incluso, en llegar al antedespacho del inspector Gordon, jefe de la Delegación.

Allá, un muchacho pecoso, ancho de hombros, y de sonrisa simpática, se quedó mirando estupefacto a Clarence. Sólo durante un par de segundos. Inmediatamente se puso en pie, sonriendo.

—Inspector Hadaway... —musitó—. ¡Me alegro de verle, señor!

Clarence sonrió, tendiendo la mano.

—¿Qué tal, Lloyd?

—Muy bien, señor, muy bien... ¡Demonios, que visita tan agradable!

—Eres muy amable... —continuó sonriendo Clarence—. Pensé que nadie me recordaría en Miami.

—¿Es una broma, señor? —exclamó Lloyd.

—Casi una broma. Ah, Lloyd, te presento a la señorita Dalles..., mi prometida.

Ahora, Lloyd quedó boquiabierto, parpadeando rápidamente. Pero de nuevo su vacilación duró apenas un par de segundos. Se sonrojó un poco y tendió la mano a Lissa, que la estrechó, sonriendo dulcemente.

—Encantado, señorita...

—Lo mismo digo, Lloyd.

—Ejem... Esto... —Miró a Clarence—. ¿Quería ver al inspector Gordon, señor?

—¿No es posible, Lloyd?

—Está ocupado... Muy ocupado. Pero estoy segunde que lo dejará todo para recibirle a usted. Lo llamaré... No. Mejor, iré a buscarlo yo mismo... Con permiso.

Se dirigió hacia la puerta.

—Lloyd —llamó Clarence.

—¿Diga, señor?

—No está bien que dejes tu oficina no estando el inspector Gordon en su despacho.

—Je, je... —rió Lloyd—. Tiene razón, señor: no vaya a resultar que usted viene aquí a hacer algo improcedente.

Y salió del despacho, riendo.

Lissa se dejó caer en uno de los dos sillones y miró irónicamente al inspector especial.

—Parece que gozas de gran popularidad aquí, Clarence.

—He estado en Miami varias veces. Todo el personal activo de la Delegación sabe quién es el inspector Hadaway.

—Un hombre famoso y respetado... ¿No te da eso cosas en qué pensar, Clarence?

—¿Te importaría callar, querida? —dijo secamente Hadaway.

Encendió un cigarrillo y se sentó en el otro sillón, pensativo, Lissa encogió los hombros y se dispuso a esperar.

No tuvieron que hacerlo por mucho rato. Apenas cinco minutos más tarde, Lloyd reaparecía, abriendo la puerta. Por ella entraron rápidamente dos hombres, mirando a todos lados, hasta localizar a Hadaway, y se acercaron a él con la mano por delante. Uno de ellos debía tener cincuenta años, y el otro poco más de treinta. El primero era de estatura mediana, pero el segundo medía más de seis pies, tenía unos hombros enormes, cabellos color remolacha y ojos color pimienta verde. Era más bien feo, pero de ese feo especial que encanta a las mujeres. Se llamaba Tony Leopard y, así como el saludo del otro resultó cordial pero serio, el suyo fue más expresivo:

—¡El tío más listo del FBI! —exclamó—. Maldita sea, Clarence, me alegro un horror de ver tu cara por aquí.

Apretó la mano de Hadaway, que aceptó resignado la potencia muscular del mejor agente especial de la ciudad de Miami. Luego, se quedó mirando burlonamente las gotitas de sudor que había en la frente de Leopard.

—Parece que estás trabajando en serio, Tony.

Leopard soltó un gruñido, pero sin dejar de sonreír, y se quedó mirando atentamente a la bellísima Lissa Dalles.

—Bien... Parece que la vida da mil y mil vueltas, Clarence... Te

convidaré a algo si me presentas.

Clarence sonrió y presentó a los dos hombres.

—El inspector Gordon, querida, jefe de esta Delegación. Y este otro, el de la cara fea, es Tony Leopard, el hombre que consigue que la Delegación pueda marchar adelante.

Gordon sonrió, estrechó la mano de Lissa y cedió su turno a Tony Leopard, que tomó la blanca manita en su manaza y musitó confidencialmente, acercándose un poco más a la muchacha:

—Clarence tiene razón... Pero yo dejo que el jefe siga dando órdenes. El pobre hombre, todo lo que tiene en la vida es la ilusión de creer que sirve de algo en esta Delegación.

Lissa rió deliciosamente, mientras Gordon y Hadaway sonreían la broma del agente especial.

—¿Y bien, Hadaway? —musitó Gordon—. ¿Cuál es el asunto que le ha traído a Miami?

—Pues... Ninguno determinado. En realidad, éste es un viaje privado.

—¡Ah...! ¿De veras?

—De veras —sonrió Clarence—. Pero entiendo que están trabajando el asunto de Jake Chabers, y había pensado...

—Habías pensado —acabó Tony— que podrías ayudar un poco a los tontos de Miami... ¿No es eso?

—Bueno... No, Tony. Pero es posible que pueda ayudar en algo... Tengo un poco de interés en el «Caso Chabers». Un interés personal, de simple curiosidad. Sin embargo...

—Sin embargo, estaremos encantados de que le aprietes las clavijas a ese tipo... ¿No es verdad, jefe?

Gordon asintió con la cabeza.

—Es un tipo duro, Clarence.

—¿No cede?

—Va cediendo... Pero muy despacio.

—¿Ha confesado algo ya?

—Ni una palabra, que nos interese.

Hadaway dirigió una rápida mirada a Lissa, que, por supuesto, la muchacha interpretó exactamente. Luego, tras fruncir el ceño, se quedó mirando a Gordon.

—¿Quiere decir que en tres días no le han sacado nada?

—Nada. Hemos probado el «lié-detector» y, desde luego,

sabemos que nos miente a algunas preguntas. Pero una cosa es saber que miente, y otra cosa es saber en qué consiste la mentira y cuál es la verdad...

—¿Operaba Chabers exclusivamente en Miami?

—Parece que no... Pero eso es todo lo que sabemos al respecto... No hemos conseguido ni siquiera un nombre, Claren. Temo que tendremos que utilizar...

Se calló bruscamente y se quedó mirando a Lissa unos segundos, para luego mirar a Hadaway, que asintió con la cabeza.

—Entiendo... ¿Usarán el penthotal?

—Habrà que hacerlo. Qué demonios, ese tipo es un espía, Hadaway. Estamos autorizados para el empleo del «lié-detector», pero no nos da resultado, de modo que, si para esta noche no hemos obtenido nada, usaremos el penthotal en su más perfecta composición. En mi opinión, debimos emplearlo antes, en lugar de perder el tiempo con Chabers.

Clarence volvió a asentir con la cabeza y miró a Leopard.

—¿Cómo lo atrapaste, Tony?

—Cuando se... ¿Cómo sabes que fui yo?

—Leí el informe en Washington.

—Ah... Bien, entonces, ya lo sabes, ¿no?

—Claro. Sé que lo atrapaste en un balandro, cuando, según creemos, acudía a una cita en el mar. Lo que pregunto, es por qué no esperaste a que llegase al lugar de la cita.

—Esperé... —Gruñó Tony—. Pero se dio un paseo y regresó al Pier 5 sin haber entrado en contacto con nadie. Eso también está en el informe, Clarence.

Hadaway frunció pensativamente el ceño.

—Ah, sí... Es cierto. Es un detalle que se me ha pasado... Creo que llevaba una radio de bolsillo, ¿no?

Gordon y Leopard se miraron brevemente.

—Así es —musitó Leopard.

—Sí... Ya recuerdo... Creo que había embarullado el caso con los datos de otro... Bien, si os parece puedo intentar convencer a Jake Chabers de que su colaboración voluntaria sería tenida en cuenta. ¿Le habéis amenazado con el penthotal?

—No tenemos por qué darle explicaciones. A mi juicio, nuestra táctica con los espías es demasiado blanda al principio. Tendríamos

que pasar directamente a..., a la acción.

—Se lo propondré a Hoover cuando lo vea —sonrió Clarence—. ¿Vamos a ver a Chabers?

—Estupendo. Lloyd hará compañía a tu prometida mientras noso...

—Oh, no... Lissa vendrá, Tony —miró a Gordon fijamente—. A menos que haya algún inconveniente, Gordon.

—Por supuesto que los hay —susurró Gordon—. Y usted lo sabe muy bien, Clarence.

—Sí... Bien, el caso es que Lissa ha insistido tanto en ver a un espía... Es un capricho un poco... tonto, lo sé. Pero nadie va a salir perjudicado con ello.

Gordon y Leopard volvieron a mirarse. Luego, Gordon miró a la muchacha y acabó sonriendo por simple cortesía.

—Está claro que sólo bajo la recomendación de un inspector especial permitimos esto, señorita...

—Lissa Dalles... —dijo Clarence—. Creo que omití antes su nombre. Agradezco mucho el permiso, Gordon. Lissa no creería que soy un personaje importante si nos lo hubiese negado. ¿Un cigarrillo, Tony?

Leopard aceptó. Luego, se quedó mirando asombrado a Clarence cuando éste, con la punta del que estaba fumando, encendió otro y lo colocó en la boquilla de oro.

—¿Fumas en boquilla ahora, Clarence?

—Cosas de Lissa. Se le ocurrió regalármela..., y me temo que no voy a tener más remedio que utilizarla.

Tony Leopard se echó a reír. Fue hacia la puerta, la abrió, y señaló con el pulgar.

—¿Vamos a ver a Chabers? Y apriétale bien los zapatos, Clarence.

—Haré lo que pueda. Vamos, querida...

Gordon les cedió paso. Cuando pasaban junto a Leopard, algo cayó al suelo, procedente del bolsillo del que Clarence había sacado la boquilla. Algo metálico, que tintineó.

Tony Leopard se inclinó, lo recogió y se quedó mirando con curiosidad aquella llave de la que colgaba una placa de latón con el número catorce en un lado y el nombre «Sun Terrace Motel» en el otro. La entregó a Clarence, musitando:

—¿Te alojas en un motel?

—Claro. Como siempre.

—Sí... Claro, como siempre. Bueno, es que al llevar a tu prometida...

—No seas mal pensado, Tony. Estaremos en el motel el tiempo justo. Es más que posible que esta noche la pasemos de viaje.

—Ah... Bueno, no he pensado...

—Ya, ya... ¿Qué tal si dejas descansar tu cabeza para luego atacar de nuevo a Chabers?

—Es una buena idea —sonrió Leopard—. Vamos allá.

Tuvieron que bajar al piso inferior y allá recorrieron el pasillo hasta llegar ante una puerta que ostentaba el número 13. Delante de ella había un agente, fumando, que miró a Hadaway con una ligera sonrisa de reconocimiento. Luego miró a Gordon, éste asintió con la cabeza y el agente continuó fumando.

Leopard abrió la puerta y Gordon fue el primero en entrar en esta ocasión. Luego lo hicieron Clarence y Lissa y, por último, Leopard. Sé encontraron en un cuarto grande, cuyas ventanas estaban completamente cerradas. A un lado, una especie de laboratorio, con probetas, tubos, aparatos de rayos X móvil... Al otro lado, una silla, ocupando el centro de aquella mitad del cuarto. Pegadas a la pared, media docena de sillas iguales a la primera. Y clavados en las paredes, dos potentes reflectores, apagados en aquel momento.

En la silla del centro había un hombre, cuyo rostro se veía muy pálido. Destacaban las oscuras ojeras y todo él se veía cansado, abatido, como roto, destrozado. Al oír la puerta, alzó la cabeza y miró con expresión mortecina a los recién llegados.

Clarence estuvo atento a un posible cambio en aquella expresión, teniendo en cuenta que Jake Chabers debía conocer a Lissa Dalles. Pero no hubo ningún cambio de expresión. Ni el más ligero detalle revelador de que Lissa Dalles era persona conocida de Jake Chabers.

Eso probaba ya, en parte, la resistencia y calidad del espía. No era, desde luego, uno de los agentes vulgares que pasan informaciones simples, sin que hayan tenido que robar o matar para conseguirlas. Jake Chabers tenía que ser un buen elemento en aquel grupo que, según parecía, mandaba un hombre llamado Millard

Watts.

En las otras sillas, había un par de agentes, fumando, descansando a la espera del regreso de Gordon y Leopard. Correspondieron casi hoscamente al movimiento de cabeza de Clarence y continuaron fumando.

—Ahí lo tienes... —musitó Leopard—. Es capaz de soportar un par de días más, Clarence, te lo aseguro.

—¿Le habéis pegado?

—Yo le he pegado... —refunfuñó Leopard—. Pero no ha servido de gran cosa. Además, no puedo hacer con él lo que quisiera... Si pudiese hacerlo, te aseguro que antes de una hora contestaría a todo lo que le preguntásemos... No es un delincuente común, Clarence. Es un espía.

Hadaway se quedó mirando a Jake Chabers, apretando fuertemente la boquilla entre los dientes. Era un hombre apuesto, alto, de rostro atractivo e inteligente. Vestía bien, sin exageraciones. Debía tener unos treinta y cinco años, o sea, la edad que constaba en la falsa documentación que se le había encontrado encima, a nombre de Jake Chabers.

—¿Habéis averiguado su nacionalidad?

—Ni siquiera eso... —dijo Gordon—. Es muy duro, Hadaway, de veras.

—O nosotros muy blandos... —refunfuñó Leopard—. Estoy seguro de que cualquiera de nuestros agentes del Servicio Secreto que son capturados, lo pasan mucho peor. Lleva tres días sin comer, sin beber, sin fumar, sin dormir... Está hecho pedazos, Clarence. Y todavía aguanta.

—No aguantará mucho más, Tony. Toda resistencia tiene un límite. Y aunque dices que no le habéis «trabajado» demasiado, se corre el riesgo de que ese hombre muera de un colapso.

—Ya lo sabemos... —masculló Gordon—. Pero no ha sufrido castigos corporales directos, excepto los pocos golpes que le dio Tony.

—Seguramente, habría soportado mejor los castigos directos que estos días sin dormir ni beber. ¿Le habéis atrapado en alguna contradicción?

—No.

—¿Se ha hecho algún resumen del informe sobre el

interrogatorio?

—Desde luego. Es la base de los interrogatorios subsiguientes. ¿Quiere verlo, Clarence?

—Sí, Gordon, gracias. ¿Insiste en que es viajante de maquinaria agrícola?

—Sí. Y tenía ese empleo, en efecto. Tenemos agentes siguiendo sus pasos en otras ciudades, y hemos recibido ya varios informes al respecto. Era un hombre conocido ya en los varios puntos que visitaba para ir vendiendo esa maquinaria. La casa que lo tenía empleado, nos ha facilitado el recorrido que se le asignaba, y hemos comprobado que, aparentemente, no se desviaba ni una milla de ese recorrido. Era un buen vendedor, además.

—Todo perfecto, ¿eh?

—Perfecto hasta llegar a Miami.

—Ya... Aquí le atrapó Tony. Fue un buen trabajo... Pero los trabajos hay que terminarlos.

—Nos gustaría ver cómo lo consigue... —Gruñó Leopard—. Siempre se está a tiempo de aprender algo.

Clarence miró, sonriente, al irritado Leopard.

—Quisiera ver ese resumen —dijo.

Gordon lo sacó de un bolsillo, mientras Clarence tiraba la colilla del cigarrillo... y se quedaba con la boquilla entre los dientes. Examinó el informe resumido y obtuvo como conclusión que Jake Chabers era un tipo en verdad duro, de ideas firmes y sólida mente. No parecía que hubiese fallado ni una sola vez.

Estuvo más de diez minutos repasando los datos. Y durante ese tiempo, nadie se movió, nadie habló. Junto a él, Lissa Dalles miraba con escasa curiosidad el resumen, aparentando muy bien que empezaba a considerar aquello muy aburrido. Pero, desde luego, supo que jamás habrían conseguido sacar de allí a Jake Chabers. Por tanto, la idea de matarlo antes de que su voluntad cediese al fin, era la más acertada...

—¿Puedo interrogarlo yo? —preguntó Clarence de pronto.

—Es lo que estamos deseando, Hadaway.

—Traigan un foco móvil... Aquél mismo.

Señaló hacia la parte que parecía laboratorio, a un rincón. Uno de los dos agentes que habían permanecido sentados fue a buscar el foco móvil y lo llevó hacia donde estaba Jake Chabers. Luego,

volvió a sentarse, suspiró y encendió un cigarrillo.

Clarence se colocó junto al foco, pero no lo accionó aún.

—Señor Chabers, ¿puede oírme?

Jake Chabers alzó lentamente la cabeza y su apagada mirada quedó fija, de un modo incierto, en el inspector especial.

—¿Quiere decirme su nombre completo?

—Jake... Weston... Chabers.

—¿Edad?

—Treinta y cinco...

—¿Profesión?

—Viajante de... de maquinaria agrícola...

—¿Está cansado, señor Chabers?

—Sí... Sí, muy... muy cansado...

—¿Le gustaría descansar? ¿Quiere fumarse un cigarrillo y dormir unas horas?

La mirada de Jake Chabers se animó. Se pasó la lengua por los labios y asintió con la cabeza. Clarence sacó un cigarrillo y se lo tendió. Chabers adelantó las manos, un poco temblorosas, pero las detuvo cuando ya casi tocaban el cigarrillo, y miró con desconfianza a Clarence Hadaway.

—Tómelo —musitó el inspector especial—, no pienso retirarlo, señor Chabers.

La mano derecha adelantó un poco más, tocó el cigarrillo... Los dedos se crisparon sobre él. Jake Chabers gimió de alegría cuando tuvo el cigarrillo en los labios.

—Deme... deme fuego...

—En seguida, señor Chabers —sonrió Clarence, con la boquilla encajada entre los dientes—. Sólo que antes quisiera que contestase a otras pocas preguntas.

Jake Chabers achicó los ojos. Miró a los demás, y luego de nuevo a Clarence.

—Haga las preguntas...

—¿Cuál es su verdadera nacionalidad?

—Americano.

—¿Cuántos idiomas habla?

—Inglés nada más. El nuestro...

—Eso es mentira, señor Chabers. En el informe respecto a su interrogatorio se dice que usted, medio dormido, ha contestado

preguntas que le fueron hechas en alemán, ruso y español. Además, el verdadero Jake Chabers, cuya documentación ha estado usted utilizando, está enterrado hace dos años, en el cementerio de Tampa. Por tanto, usted ni se llama Jake Weston Chabers, ni es americano. Es usted un espía. ¿Para quién ha estado trabajando?

—No... No sé de qué me... habla... Deme fuego...

—En seguida, señor Chabers. ¿Para quién trabaja?

—Para la casa...

—No, no. No me refiero a esa constructora de maquinaria agrícola, señor Chabers. Por favor, ¿puede citarme el nombre de uno de sus amigos y su domicilio? Uno cualquiera.

—No tengo amigos. Deme... deme fuego...

Clarence accionó su encendedor, con la mano izquierda, y colocó la llamita al alcance de Chabers. Éste se inclinó inmediatamente, pero cuando ya estaba a punto de encender el cigarrillo, la llamita de gas desapareció, y la luz potentísima, accionado el interruptor del foco por la mano derecha de Clarence, dio de lleno en el rostro del espía.

—¿Para quién trabaja, señor Chabers? Le daré fuego cuando...

De pronto, Jake Chabers se inclinó hacia delante, ligeramente. El cigarrillo escapó de sus labios. Alzó los ojos hacia Clarence Hadaway, con una expresión de incredulidad... y de comprensión al mismo tiempo.

Todos le vieron caer al suelo, lentamente. El golpe de su cuerpo resonó en el cuarto insonorizado. Giró un poco y quedó tendido cara al techo, con los ojos abiertos...

Tony Leopard fue el primero en reaccionar. Como hacia él, lo incorporó a medias de un tirón y le golpeó las mejillas, sin demasiada fuerza.

—¡No es momento de dormir ahora...!

Pareció darse cuenta, de pronto, de lo insólito que resultaba una persona durmiendo con los ojos abiertos. Lo dejó en el suelo de nuevo y le tomó una muñeca. Luego, aplicó un oído sobre el corazón de Jake Chabers.

Por fin alzó la cabeza, miró a Gordon, a Hadaway, y musitó:

—Ha muerto.

Gordon y Clarence examinaron también a Jake Chabers. Luego se miraron, adoptando Clarence una expresión consternada.

—Lo siento... —musitó—. Pero ya advertí que podía producirse el colapso... Debimos dejarlo descansar unas horas...

Nadie contestó. Se hizo de nuevo el silencio, hasta que Gordon se incorporó y se quedó mirando hoscamente el cadáver.

—Que se lo lleven, Johnny.

—Sí, señor.

Uno de los agentes se dirigió hacia la puerta, la abrió y salió. El otro se acercó al grupo de hombres que rodeaban el cadáver de Jake Chabers.

—Esto nos va a traer complicaciones, señor —susurró.

—Ya lo sé... Eso, a menos que podamos demostrar claramente que Chabers era un espía. No creo que baste la demostración de que el auténtico Jake Chabers está enterrado en el cementerio de Tampa.

Clarence inclinó la cabeza.

—Lamento haber sido yo quien...

—Tú no has tenido la culpa... —refunfuñó Leopard—. Supongo que habría muerto, de todos modos, si le hubiésemos continuado interrogando nosotros.

—De todos modos, ha sido un fallo, Tony.

—Era de esperar una cosa así, tú mismo lo dijiste.

—Bien... —suspiró Gordon—. Al menos podremos descansar nosotros unas horas.

—No yo... —dijo Clarence—. Tengo que continuar el viaje dentro de media hora. Tendré que apresurarme.

—¿Te vas?

—Lissa y yo tenemos que llegar a Kay Largo. No podemos entretenernos más. Espero veros con mejor cara a la vuelta.

Leopard y Gordon sonrieron por compromiso. Salieron todos del cuarto número 13 y se despidieron. Poco después, cuando ya Clarence y Lissa habían abandonado la Delegación, Gordon musitó:

—Que venga inmediatamente el forense, Tony. Veamos qué es lo que dice respecto a la muerte de Jake Chabers... ¡Maldita suerte!

Tony Leonard, que todavía estaba mirando el punto donde había desaparecido Hadaway y la muchacha, asintió lentamente:

—Sí... ¡Maldita suerte!

CAPÍTULO VI

Lissa Dalles entró en el coche, cerró la portezuela y miró a Clarence.

—Ha sido un buen trabajo, Clarence.

—Ha sido una estupidez, querida —dijo fríamente el inspector especial—. ¿Cuánto crees que tardarán en descubrir la verdad?

—Hiciste bien el trabajo, que es lo que importa. Ahora, vámonos.

—Seguro.

—Sal de Miami por la nacional 1. Ya te iré diciendo...

—Nada de eso, querida. No vamos a salir todavía de Miami.

Ella frunció el ceño.

—Escucha, hemos tenido ya demasiadas concesiones contigo. Sabes que esas personas están vivas, has terminado el trabajo, y eso es todo. Ahora, sal de Miami por la nacional 1, y allí podrás apearte para regresar a Miami, o a donde quieras, mientras yo sigo el viaje...

Sonó la llamada en la pequeña radio. Lissa la atendió y oyeron en seguida la voz de Fickett:

—¿Ha salido todo bien?

—Chabers está muerto, Fickett.

—¡Bien! ¿Qué estáis esperando ahora?

—Hadaway quiere que nos quedemos en Miami no sé cuánto tiempo más.

—¡Imposible! —exclamó Fickett.

—No tan imposible, Fickett... —deslizó secamente Clarence—. Quiero recordarle que tengo una pistola, y que Lissa está conmigo. Antes de dejarla marchar con vida, quiero a esas diecisiete personas junto a mí.

Lissa Dalles quedó con la boca abierta, mirando incrédulamente

a Hadaway. La voz de Fickett sonó fuertemente en el interior del coche:

—¿Está loco? —aulló—. Usted hará lo que nosotros le digamos, Hadaway, o todavía estamos a tiempo de iniciar la matanza... ¿Qué clase de tonta amenaza es la suya? ¿Se siente seguro porque puede detener a Lissa Dalles? ¿Acaso la situación no sería la misma que cuando tenían a Jake Chabers?

—Fickett: mi última palabra. ¿Me escucha?

—¡Sí, le escucho!

—Voy a ir al motel con Lissa. Estaré allá el tiempo justo para hacer cinco llamadas, a las casas de esos agentes del FBI. Llamaré a sus esposas y les diré que se presenten en la Delegación inmediatamente, con sus hijos. Veinte minutos más tarde, volveré a llamar, esta vez a la Delegación. Y cuando sepa que esas personas están allá, a salvo, seguiré jugando a su modo.

—¡No!

—Si estoy haciendo todo esto, Fickett, es para salvar las vidas a esas personas. No soy tan estúpido como para creer que piensa dejarme vivo, pero quiero que esas personas sí estén vivas. Y si no tengo esa absoluta seguridad, Lissa Dalles va a sustituir a Jake Chabers en los interrogatorios. Y usted también, porque le estoy viendo, y voy a salir a buscarlo. Quiero esas vidas. Luego, nosotros seguiremos jugando. O eso, o nada, Fickett. Si acepté el trato, fue para salvar a esas personas... Todo lo que no sea jugar limpio en eso, no les dará resultado. ¿Lo ha entendido bien?

Hubo unos segundos de silencio. Y, de pronto, la voz de Fickett:

—Está bien, Hadaway: vayamos a ese motel.

—Okay.

Clarence miró burlonamente a Lissa, y puso el coche en marcha, hacia el cercano motel.

* * *

Veinte minutos más tarde, había efectuado las cinco llamadas. Ninguno de los cinco agentes había estado en casa para recibirla, pero sí sus esposas e hijos, todos les cuales aceptaron presentarse inmediatamente en la Delegación del FBI, sin discutir.

Cuando colgó el auricular tras la última llamada, Clarence miró duramente a Lissa.

—Puedes suponer lo que quieras.

—Desde luego... Y algunas de las cosas que yo suponga no van a parecerse... agradables. De todos modos, espero que esos cinco hombres sepan hacer frente a su situación, cualquiera que sea en estos momentos. Han sido entrenados para eso.

—¿Cuándo nos vamos?

—Llamaré a la Delegación dentro de otros veinte minutos. Si las mujeres y los chicos están allá, nos iremos adonde tú...

Sonó una llamada a la puerta de la cabaña, y, casi simultáneamente, sonó también la radio de Lissa Dalles. Clarence se había puesto en pie, pero esperó lo que tuviese que decir Fickett:

—Lissa, cuidado: ese hombre no me gusta. Ha llegado con otro, que se ha quedado fuera de la cabaña.

—¿Los conoces, Fickett?

—No...

—¿Cómo es el de la puerta? —pregunto Clarence.

—Muy alto, con unos hombros muy anchos, feo, de pelo color panocha...

—Yo me encargo de él, Fickett.

—¿Lo conoce?

—Sí.

—¿Es del FBI?

—Sí.

—Hadaway, tenga cuidado. Hay algo que usted todavía ignora, pero que creo que ha llegado el momento de que lo sepa, para que se porte... bien: nosotros tenemos a los cinco agentes del FBI. Un paso en falso, y los matamos.

—Ya había supuesto algo así... Echaré pronto de aquí al que nos visita.

Fue hacia la puerta, la abrió y sonrió como sorprendido.

—Tony...

Tony Leopard entró en la cabaña, mirando a todos lados. Vio a Lissa, sentada, sonriéndole dulcemente. Se volvió hacia Clarence, lo miró como quien no cree lo que está pensando, y musitó:

—¿Cuál es tu juego, Clarence?

—¿Qué juego?

—He estado en la cabaña de la gerencia y he preguntado por los ocupantes de la cabaña catorce, o sea, la del número que vi en la

placa que colgaba de la llave que se te cayó. Me han dicho que esta cabaña está ocupada por el señor y la señora Morton.

—Bueno... Eso es cuenta mía, Tony... Asuntos particulares.

—¿Asuntos particulares? ¿También es un asunto particular matar delante de nuestras narices a Jake Chabers?

—¿Es una broma, Tony?

—Ninguna broma y lo sabes muy bien. El forense ni siquiera necesitó hacer la autopsia al cadáver. En cuanto lo examinó exteriormente vio la pequeña manchita de sangre en el cuello... Asegura que por allá ha entrado un potente veneno en el cuerpo de Chabers. Entonces, recordé tu boquilla... La tenías en la boca cuando... ¿Qué haces?

Tony Leopard se quedó mirando, ya definitivamente, incrédulo, la pistola de Clarence Hadaway, apuntando directamente a su corazón.

—Vuélvete de espaldas, Tony.

—Oye... ¿Qué está ocurriendo? Escucha, creo que deberías darme una explicación sobre...

—Tony: si no te vuelves de espalda voy a disparar contra ti.

—¡Bah! ¿Quién es ella? —señaló a Lissa—. Quiero saber qué significa todo esto, Clarence.

—Vuélvete, Tony.

Leopard frunció el ceño y estuvo mirando fijamente a Hadaway unos segundos. De pronto, se volvió, dando la espalda al inspector especial y mirando pensativamente a la muchacha...

Recibió el golpe con la pistola de lleno en la cabeza, pero ni siquiera dobló las rodillas en el primer segundo. El siguiente golpe sí lo tiró de rodillas al suelo, girando para encararse a Clarence Hadaway. Pero éste le golpeó en la punta de la barbilla con un pie, y el hercúleo Tony Leopard saltó hacia atrás, dio un par de vueltas, rodando, y quedó tendido de bruces.

Lissa Dalles miraba sobresaltada al inspector especial, quien, sin hacerle caso, fue hacia una de las ventanas y miró por un lado, hacia el exterior. Luego se dirigió hacia la puerta y la abrió con la mano izquierda, manteniendo la derecha a su espalda, empuñando la pistola.

—Johnny —llamó.

El agente compañero de Tony Leopard ya estaba mirando hacia

la puerta y alzó la mirada por encima de Hadaway, buscando a Leopard, sin duda. Caminó hacia allí, subió al porche y se detuvo en el umbral de la puerta.

—¿Y Tony?

—Quiere hablar contigo. Pasa.

El

G-man

frunció el ceño, miró de nuevo hacia dentro, aunque sin ver nada y, de pronto, movió la mano derecha hacia el sobaco izquierdo... Pero la pistola de Clarence Hadaway apareció ante él.

—Adentro, Johnny... —susurró—. Y deja quietas las manos.

El agente especial del FBI miró hoscamente a Hadaway, pero obedeció. Entró, y justo cuando veía a Tony Leopard tendido en el suelo, recibió el primer golpe de la pistola en la cabeza. Su resistencia era considerablemente menor que la de Leopard. Cayó en seguida de rodillas, y el segundo golpe pareció aplastarlo contra el suelo.

Clarence miró entonces a la muchacha.

—Vámonos... —Gruñó—. Ahora soy yo quien tiene prisa.

—¿Vas a dejarlos así? —señaló ella a los dos

G-men.

—¿Qué esperas? ¿Que les ponga un lacito al cuello?

—Mátalos.

Clarence Hadaway achicó los ojos de tal modo que quedaron convertidos en dos rayas oscuras, brillando de odio.

—¿Apuestas algo a que te mato a ti, querida? —musitó.

Lissa Dalles palideció y dio un paso atrás.

—Recuerda a tus cinco compañeros...

—Los recuerdo muy bien. Por eso, no voy a matar a éstos... Tengo que huir, por el momento, pero ya será suficiente que vosotros asesinéis a cinco agentes del FBI. En cuanto a éstos, te aseguro que van a quedar bien vivos. Lo único que pretendo es alejarme... Temo que mis explicaciones respecto a esta traición no satisfarían mucho al FBI, de modo que en el coche nos vamos a alejar de aquí a toda prisa.

—¿Piensas huir del FBI?

—Exactamente, querida. Si escapo con vida de vosotros, creo que no tendré más remedio que escapar... Podré hacerlo, no te

preocupes por mí. Y estoy seguro de que un hombre de mis... cualidades encontrará pronto un buen... empleo en cualquier país... Pero de matar a los que hasta ahora han sido compañeros, ni hablar. ¿Está claro?

—Sí.

—Pues vámonos. Me habéis metido en un buen lío, pero no seré yo quien mate a un agente del FBI. Precisamente, mis apuros empezaron por querer salvar a cinco... ¿Lo recuerdas?

La cogió de un brazo y tiró de ella hacia la puerta. Salieron los dos, fueron hacia el coche, y cuando Clarence lo rodeó para sentarse ante el volante, se encontró de manos a boca con Fickett, que había estado escondido tras el vehículo.

—No acerque la mano a su pistola, Hadaway. Y camine hacia la cabaña —y sin mirar a Lissa, terminó—: Tuviste una buena idea al dejar la radio abierta, Lissa. Sube al coche, espera a que yo salga, y ya sabes hacia dónde tienes que dirigirte. Nos veremos allí.

—Bien, Fickett —miró irónicamente a Hadaway—. Ha sido un placer conocerle, inspector Hadaway.

—Un momento —pidió Clarence—. Sólo quiero escapar, Fickett...

—Demasiado tarde.

—¿No lo entiende? Ahora el FBI me persigue a mí... Sólo quiero marcharme de Estados Unidos...

—Ya oí todo eso por la radio. Y, posiblemente, Hadaway, usted sería un buen agente nuestro... si pudiésemos creerlo. Pero como no lo creemos jamás, opino, que ya ha llegado el final de su viaje. Vaya hacia la cabaña..., a menos que prefiera que lo mate aquí mismo. Será un poco escandaloso, pero no me preocupa.

Clarence se pasó la lengua por los labios, lentamente. Miró a la bellísima jovencita de rubios cabellos, pero Lissa Dalles le devolvió una mirada de complacencia...

De maligna complacencia por su ya próximo final.

—No falle ahora, inspector Hadaway —sonrió angelicalmente—. Su valor es famoso.

Clarence dio media vuelta y se dirigió hacia la cabaña, llevando tras él a Fickett, que llevaba la pistola ahora en el bolsillo de la chaqueta. Subieron al porche, y Clarence empujó la puerta...

—Ábrala del todo y entre, Hadaway. Siempre despacio, haga lo

que haga.

Hadaway abrió la puerta completamente, de modo que Fickett, con rápida ojeada, pudo ver a los dos

G-men

tendidos en el suelo, lo cual le hizo sonreír.

—En efecto, Hadaway, está usted metido en apuros ahora... Pero no se preocupe: terminarán pronto. Entre.

Clarence entró, seguido de Fickett, que cerró la puerta con un pie, sin dejar de vigilar al inspector especial del FBI, que se había vuelto y lo miraba fijamente, a un par de yardas del espía. Éste movió la mano derecha y, lógicamente, como Clarence esperaba, para sacar la pistola del bolsillo tuvo que colocar la pistola en posición vertical un instante. Sólo un instante, que Clarence Hadaway tuvo que aprovechar, ya que no pensaba dejarse matar mansamente.

Saltó hacia delante, y su mano izquierda se crispó en la de Fickett justo cuando éste, dando un grito de sobresalto, retrocedía un paso, sacaba la pistola y disparaba. La bala pasó a media pulgada de la sien izquierda de Clarence Hadaway y se clavó con seco chasquido en la madera de la cabaña.

Para entonces, Clarence sujetaba ya fuertemente la muñeca de la mano armada de Fickett con su izquierda y la derecha se había clavado como un grillete en la garganta del espía, que forcejeaba intentando colocar la pistola de modo que el siguiente disparo alcanzase al

G-man.

Pero un rodillazo en el vientre le quitó tantas fuerzas que convirtió en imposible aquel propósito. Y la mano izquierda de Hadaway apretó de tal modo su muñeca que la pistola cayó al suelo. Inmediatamente, Hadaway soltó la muñeca de Fickett y unió la mano izquierda a la derecha, en el cuello de su enemigo. El rostro de Fickett empezó a mostrar un tono morado oscuro, sus ojos se abrieron desorbitadamente, la boca se abrió, y la lengua, hinchada ya, apareció fuera. Otro rodillazo en el bajo vientre dejó a Fickett poco menos que muerto. Y un golpe que Hadaway le dio con su cabeza, contra la pared de la cabaña, fue el final de la pelea. Lo soltó y Fickett cayó a plomo, como un saco.

Clarence aspiró profundamente y se dirigió en seguida adonde

yacía Tony Leopard. Lo sentó, tirando con una mano de las solapas y con otra le dio un par de bofetadas.

—Tony... ¡Tony!

El

G-man

abrió los ojos, que giraron inexpresivamente. Otras dos bofetadas bastaron para despejarlo un poco más, pero todavía los párpados parecían losas sobre las pupilas.

—Tony, atiéndeme. Soy Clarence... ¿Me estás oyendo?

Leopard alzó un poco más los párpados, y sus ojos color pimienta se agitaron al reconocer a la persona que le hablaba.

—Maldita... sea, Clarence... ¿Qué...?

—Tuve que pegarte, Tony. Voy a ir con la chica, tengo que intentar llegar adonde la están esperando, y quiero convencerla de que intento escapar por todos los medios... ¿Me estás oyendo bien?

Leopard sacudió la cabeza y, en el acto, se llevó las manos a las sienes, gimiendo, cerrando los ojos.

—Sigue hablando... Sigue, Clarence...

—Voy a citarte cinco nombres de agentes de Miami. Tendrás que recordarlos, Tony: Lewis Chapel, Martin Shelton, Richard Quinn, Joe Backus y Bob Dolan... ¿Los recordarás?

—Los... conozco bien a los cinco...

—¡Eso ya lo sé! ¿Los recordarás?

—Claro...

—Cuando os marchéis de aquí, buscadlos, seguid su pista... Los han atrapado, no sé todavía dónde están y voy a ver si los encuentro por mi cuenta. Pero vosotros, buscadlos. En la Delegación deben estar ahora las familias de esos cinco... Todos estaban amenazados, Tony... Los habrían matado si yo no hubiese aceptado matar a Jake Chabers antes de que hablase...

—Creo que voy comprendiendo, Clarence.

—¡Bien! Ahora, yo voy a marcharme, y saldrás detrás mío, disparando... Tengo que meterme en el coche y marcharme con esa chica. Ella no va a creer lo que le cuente, ni mis proyectos para el futuro, pero yo tengo que llegar adonde están esos cinco muchachos. Buscad vosotros por otra parte, seguid su pista a partir del momento en que dejaron de ser vistos en servicio, desde el momento en que dejaron de llamar a la Delegación... Quizá los

encontréis antes que yo, porque un tipo llamado Fickett va a decíroslo... Lo tienes ahí, Tony.

Leopard miró hacia Fickett y asintió con la cabeza.

—Para todos, yo seguiré siendo un traidor. Y a Fickett sacadlo de aquí como si estuviese muerto a balazos. Tendrás que disparar un par de tiros aquí dentro antes de salir detrás mío disparando... Asegúrate de que las familias de esos cinco agentes están bien, en la Delegación. Luego, si es necesario, le rompes los huesos a Fickett... No importa lo que le hagáis, Tony. Yo te autorizo, bajo mi responsabilidad... ¡Tiene que decirnos dónde están esos cinco agentes nuestros! ¡Son cinco vidas de nuestros compañeros, Tony!

—Me dirá dónde están, Clarence, Vete tranquilo.

—Tranquilo, no —sonrió Clarence—. Tienes que dispararme. Yo te dispararé a ti... y caerás muerto. ¿Okay, Tony?

—Okay. Buena suerte, Clarence.

—¿Puedes levantarte?

—Claro...

Leopard se puso en pie, cerrados los ojos, como queriendo eludir con ello el terrible dolor de cabeza.

—Empieza la función, Tony.

Leopard sacó su pistola y disparó contra la pared, mientras Clarence corría hacia la puerta, la abría, se volvía, disparaba, salía...

* * *

Desde el coche, Lissa Dalles vio salir corriendo a Clarence Hadaway, disparando hacia el interior de la cabaña. Luego, lo vio saltar la barandilla del porche y correr con todas sus fuerzas hacia el coche.

En el segundo de indecisión que tuvo, Lissa Dalles todavía pudo ver a Tony Leopard aparecer en la puerta de la cabaña, apuntar a Hadaway y disparar. Un surtidor de polvo apareció a los pies de Hadaway, que se volvió a medias y disparó... Tony Leopard lanzó un grito, soltó la pistola, giró sobre sí mismo... y cayó en el porche... mientras Clarence Hadaway se acercaba más y más al coche, jadeando, corriendo a toda velocidad...

Lisa puso en marcha el vehículo, de tal modo que cuando convergió con Clarence Hadaway, la velocidad era ya superior a las

diez millas por hora y aumentando rápidamente. La muchacha movió el volante, y el automóvil se precipitó contra Hadaway, aumentando la velocidad. Clarence lo vio Venir contra él, se apartó en el momento justo y saltó encima sujetándose a una de las alas de adorno, de modo que quedó sobre la tapa del portaequipajes.

Con la pistola convirtió en añicos el cristal zaguero, de plástico, que quedó convertido en diminutos trozos brillantes sobre el asiento.

Se deslizó dentro del coche, ante la aterrorizada y no poco atónita mirada de Lissa Dalles por el retrovisor, y se apoyó en la separación de ambos asientos, apuntándole con la pistola detrás de una orejita.

—Sigue conduciendo... —jadeó—. Pero tómatelo con calma, no sea que llamemos demasiado la atención, querida.

—¿Qué... qué ha... pasado?

—Tu amigo, el listísimo Fickett. Quiso divertirse burlándose un poco de mí, y uno de mis compañeros le metió dos balas en la barriga... Me pregunto como he podido escapar yo... Ahora sí que estoy listo, gracias a vosotros... De modo, querida, que vas a llevarme donde sea, sin rechistar y sin complicarme más la vida... ¿Está claro?

—Sí...

—Pues sigue conduciendo. Y estoy pensando que una buena solución para mí sería tomar el mismo rumbo que tú y el simpático Millard Watts. En estas circunstancias, os prefiero al FBI. ¿Adónde pensabas dirigirte?

—Hacia el sur...

—Pues adelante. Y cruza con calma la ciudad. Ya es bastante que llamemos la atención por el cristal roto. Y sin bromas, querida. Te juro que después de haber disparado contra un agente del FBI, meterte a ti una bala en un ojito me parecería divertido.

CAPÍTULO VII

Siempre por la nacional 1, salieron de Miami por South Miami... Luego, cruzaron Perrine, Goluds, Princeton y Naranja. Clarence continuaba en el asiento de atrás, tranquilo, pensativo. Había guardado ya la pistola, pero era poco probable que Lissa Dalles intentase nada... Posiblemente, no se habría atrevido ni aunque hubiese ido armada.

Conducía mirando con frecuencia por el retrovisor aquel duro rostro y, de cuando en cuando, las miradas se cruzaban. Ninguno de los dos estaba engañado respecto al otro: el primer fallo, el primer momento oportuno, y la muerte de uno sería inevitable...

Ya dejada atrás Naranja, Clarence se echó de pronto hacia adelante, quedando apoyado en el respaldo del asiento delantero.

—¿Hacia dónde nos dirigimos exactamente? —preguntó.

—Hacia el sur.

—He dicho exactamente, querida.

—Hacia Key Largo.

—¿Millard Watts te está esperando allá?

—Sí.

—¿Con los cinco agentes?

—Eso no lo sé... Sólo sé que mientras nosotros nos deteníamos en Miami para matar a Chabers, Millard continuaba vuelo, en otro avión, hasta Key Largo, donde teníamos que encontrarnos.

—¿Dónde?

—En Key Largo.

Clarence Hadaway sonrió duramente.

—No volveré a decirte que contestes exactamente a mis preguntas. ¿Dónde, de Key Largo?

—Eso no te lo diré. Lo que tú quieres es escapar del FBI, ¿no es

eso? Pues...

—Querida, para escapar del FBI tengo que escapar primero de vosotros. Y un buen medio de escapar de vosotros es saber dónde estáis, para irme hacia el lado contrario del mapa... ¿Lo entiendes?

—Sí. Pero no te diré dónde está exactamente Millard Watts. Si todo lo que te interesa es huir, puedes hacerlo ahora mismo. Baja del coche y vete. Nunca te encontraríamos... si tú no querías.

—Tu idea resulta impertinente, querida. Porque si alguien está en peligro de quedar a pie por estos lugares, no soy precisamente yo esa persona.

—Puedo apearme cuando quieras.

—¡Qué lista...! —rió Clarence—. Quizá estás pensando que puesto que el FBI me está persiguiendo, ya no me importa salvar las vidas de esos cinco agentes y, por tanto, estás en mis manos, ya que no tengo que respetar tu vida para salvar las de esos cinco hombres. En serio te digo que no quisiera estar en tu pellejo, querida. Y ahora, puestas las cosas en claro, quizá cambiarás de opinión y me dirás exactamente en qué lugar de Key Largo está Millard Watts.

—No seas ingenuo —sonrió la muchacha—. Todo tu interés, ahora, está en llegar junto a esos hombres, para intentar salvarlos. No vas a poder engañarme, querido. De modo que acepta que te lleve... pero no quieras saber con anticipación adónde vamos.

Clarence frunció el ceño.

—Vas a parar ahora el coche, querida. Allí, en aquel grupo de acacias a la derecha de la carretera. Y lo vas a parar por las buenas, ya que si te niegas, te voy a pegar en la cabecita, y yo mismo tomaré el volante, desde aquí atrás. Te aseguro que puedo hacerlo. ¿Te golpeo?

—No... Pararé el coche.

—Okay.

El grupo de acacias estaba como a doscientas yardas, y Lissa Dalles sacó el coche del asfalto al llegar allí. Detuvo el vehículo bajo las pequeñas acacias, dejándolo metido entre ellas, pero visible desde la carretera. La noche era ya inminente: diez minutos más y la negrura total habría llegado, tras desaparecer el tono rojo del ocaso por el oeste.

—Apéate. Éste es un hermoso y romántico lugar.

Lissa Dalles obedeció, y el

G-man

salió tras ella, tranquilo, mirando a su alrededor, como si la muchacha no estuviese allí, junto a él, mirándolo expectante.

De pronto, Clarence Hadaway se volvió hacia ella y le dio una bofetada tan brutal, tan salvaje, que la rubia espía salió volando hacia atrás y cayó duramente al suelo, con revuelo de falda y cabellos... Y cuando quiso incorporarse, Hadaway estaba ya arrodillado junto a ella, sonriendo de un modo que llevó frío al cuerpo de la muchacha.

—Querida, es norma básica en el espionaje aceptar lo bueno y lo malo con mucha filosofía. En estos momentos, me temo que te toca soportar lo malo. Y, naturalmente, el hecho de que seas una linda mujercita va a tenerme sin cuidado. Aparte, está reconocido que la mujer tiene menos aguante que el hombre. ¿Está claro?

Lissa Dalles asintió con la cabeza, serenamente. Sentía la cara como rota, abierta; y notaba como una brasa adherida a la carne allá donde la mano del federal había golpeado.

—Bien, querida... Ahora vamos a analizar la situación: cinco agentes del FBI, irremediablemente, según parece, van a ser asesinados, porque yo no he podido hacer más. Anexo a esto, consideramos que vuestro grupo de espionaje, al haber muerto Jake Chabers, puede considerarse a salvo, seguro. Pero, ya que yo no voy a poder evitar la muerte de esos cinco agentes del FBI, ni puedo resucitar a Jake Chabers, he estado pensando que tú vas a tener que contestar a mis preguntas... ¿Okay?

—No te diré nada...

—¿Estás segura? —sonrió Clarence—. Vamos a ver si queda demostrado lo contrario...

Otra violentísima bofetada, ahora de arriba abajo, en pleno rostro femenino, pareció hundir la cabeza de Lissa Dalles en el suelo... El rostro quedó blanco, pero en seguida, empezó a destacar la roja huella del feroz golpe.

—¿Prosigo, querida? Vamos a ver, entiendo que Millard Watts y tú os queréis largar de Estados Unidos, pero, obviamente, quedarán aquí un grupo de los vuestros que seguirán con su trabajo... Hagamos un trato que te parecerá amable: os dejo marchar a Watts y a ti..., y tú me dices dónde puedo encontrar al resto del grupo. Dadas las circunstancias, es de esperar que estén todos reunidos,

ahora, en Key Largo, reorganizándose después de la captura de Jake Chabers. Eso quiere decir que Watts tiene que dar instrucciones, reestructurarlo todo... Y, posiblemente, teniendo en cuenta que pensáis matarme, Watts seguirá en Estados Unidos... Tú no, porque te conocen algunos de mis compañeros de Washington y de Miami. Tú puedes macharte, querida. Pero él, cuando sepa que me habéis matado, tiene pensado continuar aquí, en el país. ¿Voy bien?

Lissa Dalles no contestó, pero Clarence había visto ya en sus ojos que sus palabras habían estado muy cerca de la verdad, si no habían dado de lleno en el blanco. Lissa Dalles podía estar muy bien preparada para determinadas misiones de espionaje, pero le faltaba mucho para poder pelear mano a mano con Clarence Hadaway.

—Claro que voy bastante bien... —sonrió Clarence—. Ahora, veamos si tú y yo llegamos a un acuerdo amistoso. ¿Dónde de Key Largo están ahora Millard Watts y el resto del grupo?

—Estás loco si crees que te lo diré.

—Y tú estás loca si crees que yo no voy a poder obligarte. Te diré lo que va a ocurrir: morirán cinco agentes del FBI. Pero yo voy a vengarlos matando a todos los hombres que están reunidos con Watts en estos momentos para recibir nuevas instrucciones que arreglen su situación. Vidas por vidas, querida. Éste es un juego cruel y, de un modo u otro, además yo tengo que intentar... congraciarme con el FBI. He meditado durante este corto viaje y he llegado a la conclusión de que quizá aceptasen mis explicaciones. Y, contando con que quizá no maté a Tony, es posible que las cosas pudiesen arreglarse para mí... Sería fastidioso tener que pasarme la vida huyendo del FBI, querida.

—No te diré nada.

—Ya verás cómo sí, querida.

Clarence se incorporó y miró hacia la carretera. De cuando en cuando se oía el zumbido de un coche, pasando a buena velocidad, en una u otra dirección. Quizá algunos de aquellos conductores viesan el suyo, pero, desde luego, no podrían verlos a él y a Lissa Dalles entre las acacias.

Se quitó el cinto y lo sostuvo en la mano derecha, por la hebilla. Luego, volvió a inclinarse y, de pronto, de un manotazo, arrancó casi completamente la blusa de la muchacha, que lanzó un gemido, se encogió y giró hasta quedar boca abajo, ladeada la cabeza,

mirando con expresión aterrada al federal.

—No vas... a... a...

¡Splash!

El cinto de piel chascó sonoramente contra la desnuda espalda de Lissa Dalles, que lanzó un grito, se encogió y rodó hacia un lado, intentando alejarse de Hadaway... Todo lo que consiguió fue que, al dar la vuelta, la correa le diese ahora de lleno en el vientre y busto. Volvió a gritar, pero era poco probable que ningún conductor la oyese, ya que el mismo ruido del motor de su coche se lo impediría.

—Puedo seguir así durante diez minutos, querida —dijo gélidamente el inspector especial del FBI—. A menos que lleguemos a un acuerdo. Si no te gusta que mate a tus compañeros, podemos cambiar la propuesta: que me devuelvan los míos, sanos y salvos, y quedaré conforme con ese resultado.

Lissa Dalles permaneció en silencio, crispado el rostro, en el que destacaban las huellas de los dedos de Clarence Hadaway. Éste, viendo que la muchacha persistía en su silencio, volvió a manejar el cinto, golpeando de nuevo en la bonita espalda femenina.

Descansó de nuevo.

—Normalmente, querida, soy una persona un tanto seria, quizá, pero de trato correcto, caballeroso y, en general, más bien educado... casi cordial, diría yo. Pero cuando estoy en pleno trabajo, algo se congela dentro de mí, y entonces soy capaz de cualquier cosa, sin darle importancia a nada... ¿Sigo?

Lissa apretó los labios, y cuando esperaba un nuevo latigazo, el pie derecho de Hadaway se clavó en su costado derecho, fuertemente, alejándola de allí un par de vueltas más, lívida, sin resuello, como si todo el aire del mundo hubiese desaparecido de pronto.

Clarence puso una rodilla en tierra, junto a ella.

—En el fondo, querida, lamento hacer estas cosas. Pero, al igual que tú, yo he sido entrenado para todo... ¿Aceptas mi trato?

La muchacha ni siquiera podía hablar. Empezaba a recuperar la respiración, y un poco de color en el rostro. Tenía las dos manos en el costado golpeado, y se encogía sobre ella misma todo cuanto podía, mirando a Clarence Hadaway con la expresión de quien acaba de encontrar un ser del cual jamás había tenido noticia.

—Tu silencio quiere decir, supongo, que aún te consideras con

fuerzas para soportar algunos golpes más. Voy a complacerte.

Se puso de nuevo en pie, retrocedió un paso, alzando la correa.

—Quieto ahí, Hadaway. No respire siquiera, créame.

Clarence quedó completamente inmóvil. Oyó las pisadas tras él y a un lado. Eran, por lo menos, dos hombres. Y, desde luego, le estaban apuntando con sus pistolas. Lissa se puso en pie todo lo rápidamente que pudo, colocando los jirones de su blusa como mejor entendió, sin dejar de mirar a Hadaway con ojos llameantes. Se acercó a él y le quitó el cinto de un tirón. Al mismo tiempo, Clarence recibía el golpe con la pistola en la cabeza, y, casi simultáneo, otro golpe en la base del cuello, sobre el hombro, que ayudó al primero a derribarlo de rodillas...

La correa, manejada por Lisa Dalles, le dio de lleno en la cara, sobre un ojo, justo cuando empezaba a hundirse en el negro mundo de la inconsciencia. Cayó hacia un lado, sangrando por la cabeza y con una raya ancha sobre la cara, de color pálido, que fue tornándose rápidamente en carmesí.

Llevó pesadamente la mano derecha hacia la pistola, pero uno de los dos hombres le golpeó con un pie en los riñones, y lo dejó lívido de dolor y angustia, sin conocimiento casi. Otro puntapié, ahora en el estómago y propinado por el segundo hombre, acabó con su resistencia de hombre entrenado y preparado para todo. Efectivamente, toda resistencia llega tarde o temprano a su límite.

Lissa se lanzó furiosamente contra él, golpeándole con el cinto en la cara y en el cuerpo un par de veces, antes de que uno de los hombres la contuviese.

—Ya está bien. Tenemos que marcharnos.

La muchacha todavía golpeó con un pie a Clarence en la boca. El labio inferior se partió, y la sangre apareció, manchando la barbilla, el cuello, la camisa y pecho de Clarence Hadaway.

—¡Teníais que haber llegado antes! —gritó, como enloquecida—. ¡Él me ha estado pegando...!

—Ya le dije a Watts que tú no podrías dominar a este hombre —masculó uno—. La culpa es vuestra, por creer que Hadaway era un corderito. Si no hemos llegado antes ha sido porque creíamos que todo iba bien, que al pasar por el sitio convenido las cosas estaban en orden...

—¿Y no se te ha ocurrido pensar algo al no ver a Fickett detrás

mío?

—Fickett sabe cuidarse solo.

—Sí, ¿eh? ¡Pues lo han matado los del FBI!

—Mala suerte —dijo fríamente el hombre—. En cuanto a ti, todavía has tenido suerte de que al pasar viésemos el coche detenido entre estos árboles. Para que la cosa resultase discreta, te seguíamos a buena distancia, ya que todos sabemos adónde tenemos que ir.

—¿Dónde tenéis el coche?

—Más abajo. Dejaremos éste aquí y nos iremos todos en el nuestro. Ayúdame a llevar a Hadaway al coche, Dunkle.

—¡No! —Casi gritó Lissa—. ¡Yo voy a matarlo ahora mismo...!

Volvió a tirarse sobre Hadaway, pero Dunkle la apartó de un manotazo.

—Contrólate. Tenemos cinco. Seis, mejor que cinco. Quizá más adelante puedas desahogarte con Hadaway, pero, de momento, un instructor como él nos será más útil vivo. Ve hacia el coche, ponlo en marcha y vigila...

—Será mejor que retrocedas hasta aquí.

—Yo iré por el coche, entonces —dijo el otro.

Llegó en menos de dos minutos. Cargaron a Clarence en el asiento de atrás, amarradas las manos con su cinto y los pies con los atalajes de su funda sobaquera.

—Arriba todos. Nos contarás qué ha pasado por el camino, Lissa. Ya llevamos demasiado retraso.

Cuando el coche partió, la noche había cerrado ya.

CAPÍTULO VIII

Clarence Hadaway recobró el conocimiento lentamente. Y cuanto más despejado, más le dolían los riñones, el rostro, la boca... todo estaba a oscuras a su alrededor. Tardó no menos de diez segundos en darse cuenta de que estaba tendido en el tondo del coche, con algunos pies encima suyo. El zumbido suave del motor del coche le dio la impresión de un rugido insoportable.

Debían estar rodando por la nacional 1, a juzgar por la buena cantidad de luces que cruzaban junto al coche...

Y, de pronto, se dio cuenta de que el cañón de una pistola estaba a menos de cuatro pulgadas de su sien. Y de que estaba atado de pies y manos.

—Confórmese con su suerte, Hadaway. El único modo de prolongar su vida es ése.

Ladeó la cabeza como pudo, mirando hacia arriba, hacia el asiento de atrás. Vio a los dos hombres y a Lissa. Todo empezó a girar, a girar... Comprendió que estaba a punto de perder nuevamente el conocimiento si forzaba aquella dolorosa postura, y dejó caer la cabeza.

—Si ya te has recuperado, ¡toma esto!

El agudo zapatito de Lissa Dalles se clavó dolorosamente en su cara. La cabeza fue violentamente sacudida, y un millón de pinchazos pareció taladrarla por todos lados. Clarence cerró los ojos y se quedó inmóvil. Fuese lo que fuese lo que tenía que ocurrir, debía hacer lo posible por conservar la lucidez, las máximas facultades físicas posibles. Ya no había que pensar, que buscar artimañas. Si algo podría serle útil de allí en adelante, sería su capacidad de pelea de acción, no de pelea mental, de astucia.

—Déjalo tranquilo —dijo uno de los hombres. Quizá Millard

tenga pensado algo mejor para él que matarlo... Mejor para él y para nosotros, está claro.

No le molestaron más durante el resto del camino. En determinado momento, le pareció oír el mar, y calculó que estaban cruzando Barnes Sound por la nacional 1, hacia los cayos. Eso quería decir que muy pronto llegarían a Key Largo...

Veinte minutos después de haber oído el mar, el coche se detuvo, por fin. Todo quedó en calma durante un par de segundos, como un regalo de confortable silencio. Pero sólo por dos segundos. En seguida se oyeron pisadas y una voz:

—Dunkle, Girty... ¿Qué ha pasado?

—Traemos a Hadaway. Lissa no pudo dominarlo, tal como dije. ¿Está ya Millard?

—Estamos todos los que fuimos llamados. Sólo faltáis vosotros.

—Pues ya hemos llegado. Ayúdame a sacar de aquí a Hadaway.

Entre Dunkle y el hombre que había salido a recibirlo, lo sacaron del coche, y lo dejaron tendido en el suelo. Estaba en una pequeña villa, cercana al mar, según le pareció. En el cielo se recortaban algunas palmeras.

Le desataron los pies y le ayudaron a incorporarse. Entonces, pudo ver mejor la casita, de dos plantas, chata, moderna. Pasó entre dos hombres junto a una pequeñísima piscina en forma de pera. No había allí más luz que la de un farolillo giratorio en el bonito porche de la villa.

La puerta estaba abierta y Hadaway fue empujado al interior. La luz era más generosa allí. En seguida se encontró en un *living*, más bien pequeño, pero agra dable, alegre, con cuadros de paisajes marinos y un par de barracudas pintadas admirablemente en plena pelea bajo el agua.

Había allí cuatro hombres... y Millard Watts; el menudo e insignificante Millard Watts, que mostró su sonrisa de rata granuja pero un tanto simpática.

—Vaya, inspector Hadaway... Se suponía que no volvíamos a vernos en Estados Unidos. ¿Qué le ha ocurrido en la cara?

Hadaway no contestó. Estaba mirando a los demás hombres, uno a uno, concienzudamente. No les conocía en absoluto, pero a partir de aquel momento podría reconocerlos en cualquier parte y...

—No se moleste —sonrió afablemente Watts—. Su memoria no

le va a servir de nada, Hadaway. Dudo mucho que pueda «dictar» los rostros de estos hombres a los dibujantes del FBI.

—Hicimos un trato. Watts. ¿Lo recuerda?

—¿Cuál trato, Hadaway?

—Yo mataba a Jake Chabers y usted dejaba vivos a cinco agentes del FBI y a sus familias. Lo mismo debía ocurrir conmigo, aunque eso ya ofrecía más dudas. Pues bien: Jake Chabers está muerto. Ahora, quiero que cumpla su parte del trato: deje marchar a esos cinco agentes.

Millard Watts dejó de sonreír al oír la última frase. Miró con el ceño fruncido a Lissa Dalles.

—¿Le has dicho que tenemos aquí a esos cinco hombres?

—No... Quiero hablar contigo, Millard.

Se fueron a un rincón del *living*, y Lissa estuvo dando instrucciones al jefe del grupo de espías durante un par de minutos, rápidamente. Al final de la explicación, Millard Watts volvía a sonreír.

Miró de nuevo a Hadaway.

—Bien, Hadaway... Parece que supo matar a Chabers. Todo esto es lamentable para nosotros, pero era necesario. Jake Chabers tuvo la mala suerte de fallar cuando estábamos preparando nuestra redada de agentes del FBI.

—¿Redada de agentes del FBI? No entiendo, Watts.

—Oh, es simple, sencillísimo: queremos unos cuantos agentes del FBI para llevarlos a... cierto lugar, donde se convertirán en instructores de otros hombres que más adelante, con su documentación, serán destinados a diversos lugares del mundo, donde cumplirán su cometido especial. Y, mientras tanto, esos cinco agentes federales seguirán preparando a otros muchachos según la técnica del FBI. Digamos que queremos tener un centenar de hombres que, ya sea en Estados Unidos o en otras partes del mundo, puedan pasar por agentes del FBI. Y para entrenar a esos hombres, nadie mejor que auténticos agentes de ese organismo.

Clarence Hadaway palideció.

—¿Qué espera conseguir con eso, Watts? Es una idiotez...

—¿De veras? Entonces, ¿por qué ha palidecido, Hadaway? Mire, un centenar de espías son fáciles de formar... Sobre todo, si no buscamos superclases, sino simples espías. Es obvio que los hombres

como usted no abundan demasiado. Pero sí hombres bien dotados, que pueden parecer agentes del Federal Bureau of Investigation cuando llegue el momento... Ya le he dicho que para formar simples espías, no necesitamos a nadie. Pero para formar «agentes del FBI», nadie mejor, repito, que verdaderos agentes.

—Está loco si piensa conseguir eso de los hombres que tiene.

—No lo crea. Ellos se van a dejar convencer cuando llegue el momento, Hadaway. Y usted también.

Clarence se permitió una sonrisa, de la cual se arrepintió inmediatamente, cuando la grieta del labio volvió a abrirse.

—¿Piensa que yo puedo ser un instructor para formar falsos agentes federales, Watts?

—Un magnífico instructor, Hadaway. A cambio de eso, a usted y a esos cinco hombres les pagaremos bien.

—Asombroso... ¿Qué precio será ése?

—La vida.

—Oh...

—Digamos que podrán seguir viviendo mientras cumplan un cometido útil y a nuestra satisfacción, Hadaway.

—Entiendo, entiendo... Y entiendo también, Watts, que usted no pensó en ningún momento cumplir su palabra de dejar tranquilos a mis compañeros.

Millard Watts se echó a reír.

—¡Ni usted mismo pudo creer eso, Hadaway...!

—Desde luego —musitó Clarence—. Pero tenía la esperanza de conseguir algo.

—Alguna vez se tiene que perder. Bien..., la desgracia de haber perdido a Jake Chabers nos obliga ahora a organizar un poco nuestro círculo de trabajó, Hadaway. Habrá que ir con mucho cuidado durante algunas semanas... Pero, aparte del fallo de Chabers, lo demás nos ha salido aceptablemente bien. Tenemos lo que queríamos: instructores del FBI para nuestra escuela de formación de falsos agentes. Usted, Hadaway, tendrá el honor de dirigir esa escuela. En realidad, y si lo piensa fríamente, podemos llegar a ser... buenos camaradas.

—¿Cree que aceptaré contribuir a formar falsos agentes sabiendo que luego, su cometido en el mundo será el espionaje, el sabotaje, el asesinato..., y, sobre todo, el desprestigio del FBI? ¿De veras cree

que yo voy a ayudarles en eso, Watts?

—Para eso hemos estado trabajando, Hadaway. Lo de Chabers fue... un incidente que estuvo a punto de echarlo todo a perder, pero gracias a usted, ha quedado corregido el fallo. Por lo tanto, mis hombres y yo seguiremos trabajando en Estados Unidos, mientras usted y sus compañeros serán llevados a cierto lugar. Misión cumplida... y a esperar nuevas órdenes, Hadaway. Hemos hecho el trabajo. Encerradlo con los otros, de momento. Tú, Boggs, ve a preparar la lancha. Y haz la llamada, a ver si el yate está en el punto convenido.

Uno de los hombres salió de la villa, mientras Dunkle y Girty llevaban a Clarence hacia la puerta que les había señalado Watts, al fondo del *living*. Otro de los que habían estado sentados fue con ellos, sacó una llave y abrió la puerta.

Clarence fue empujado al interior de un cuarto completamente a oscuras, y la puerta se cerró inmediatamente tras él. Oyó respiraciones cerca de él, y ruidos metálicos. Una voz sonó a su lado, de pronto:

—¿Quién eres?

Clarence se volvió un poco. No veía absolutamente nada, pero supo que el otro sí debía estar viéndole a él, siquiera fuese un poco, ya que sus ojos estarían acostumbrados a la oscuridad, que poco a poco parecía disminuir, debido a la delgadísima raya de luz que pasaba por debajo de la puerta.

—Clarence Hadaway —contestó—; inspector especial del FBI. No hace falta que os presentéis, muchachos. ¿Estáis todos?

—¿Quiénes son «todos» para usted?

—Joe Backus, Martin Shelton, Richard Quinn, Lewis Chapel y Bob Dolan.

—Entonces, estamos todos, señor.

—No te fíes de él, Bob. Puede ser un truco.

—Cierra la boca, Richard. Tú no has conocido al inspector Hadaway, pero yo sí pude verlo en Miami hace año y medio. Es su voz, lo sé. Pero voy a asegurarme... ¿Querrá contestar unas preguntas, señor?

—Las que sean, Bob.

—Gracias, señor. ¿Conoce a un agente de Miami que es millonario?

—Tony Leopard. Tiene treinta y cuatro años y vive en Alton Red, en una quinta que él bautizó con el nombre de El Pajarraco. Tony y yo somos buenos amigos, nos tuteamos... Sin ánimo de ofender a los demás, Tony Leopard es para mí el mejor hombre de los nuestros en Miami.

—Correcto, señor. Pero eso sería algo fácil de saber, igual que nos han localizado y apresado a nosotros. Ahora viene la verdadera pregunta: dígame el hombre de un gran amigo de Tony que a veces ha solicitado la ayuda de laboratorio y huellas del FBI.

—Jerome Callaghan, periodista, detective privado, criminólogo... Vive en el 100 de la 31st Street, en Miami Beach, en una quinta acompañado de dos tipos enormes llamados Gus Ugli Skinner y Archie Dinky Rogers. A su vez, Jerome Callaghan es íntimo amigo de Cecil Irwin, capitán de la sección de Homicidios del Pólice Departament de Miami, el cual es también buen amigo de Tony Leopard.

—No más preguntas, señor. Muchachos, os presento a Clarence Hadaway, inspector especial del FBI, afecto a las órdenes directas del subdirector del...

—Del propio Hoover, Bob —sonrió Clarence.

—Es cierto, señor —admitió Dolan, casi riendo—. Pero tenía que seguir probando.

—Eso está bien, Bob. Veamos ahora si podemos desalarnos unos a otros.

—Inútil, señor. ¿No oyó ruido de cadenas?

—Sí...

—Estamos esposados, no atados con cuerdas. ¿Y usted?

—Con mi cinto.

—Entonces le desataré...

—No. Uno solo no conseguirá nada. Además, me revisarán la atadura cuando vengan a buscarnos. ¿Qué sabéis de lo que está ocurriendo?

—Nada. Hemos querido oír algo a través de la puerta, pero está todo insonorizado. También nos hemos tumbado para oír por debajo, pero no hemos conseguido nada.

—Mala suerte... Ya os explicaré lo que pretenden. Pero de momento, estad tranquilos respecto a vuestras familias.

Hubo un silencio tan prolongado que Clarence comprendió que

aquellos hombres no sabían lo que había estado a punto de suceder. Por fin, oyó la voz de otro, susurrante, casi temblorosa:

—¿Nuestras... familias, señor?

—Es que... Bien, me amenazaron con matar a vuestras esposas e hijos si no cumplía cierto trato...

Invirtió apenas cinco minutos en explicarlo. Cuando terminó, se hizo de nuevo un largo y tenso silencio, hasta que oyó la voz de Richard Quinn:

—Si salgo de ésta —tembló de ira su voz—. Si salgo de ésta los voy a hacer pedazos a todos... ¡Los muy malditos! ¡Yo les enseñaré a...!

—Todo va bien para vuestras familias, Quinn —cortó Clarence—. Ahora se trata de nosotros, y de esos hombres. Si conservamos la serenidad, quizá consigamos algo... ¿Tenéis los pies libres?

—Sí, señor. Podemos matarlos a patadas a todos ellos.

—Calma —sonrió Clarence, que empezaba a ver contornos de rostros y cuerpos—. Mucha calma, Chapel. Morir no conduce a nada. Sólo actuaremos si tenemos siquiera una posibilidad. De lo contrario, aceptaremos todo lo que ellos quieran. Hay seis hombres ahí fuera, aparte del jefe, que se hace llamar Millard Watts... Y de la chica, Lissa Dalles... Son ocho personas, siete de las cuales, probablemente, estarán armadas... Todas, ahora, ya que supongo que Lissa tiene mi pistola. Hay que...

La puerta se abrió, de pronto.

—Salgan todos.

Clarence fue el primero en dirigirse hacia la puerta. Salió al *living*, parpadeando. Cuando se volvió para mirar a los G-men,

reconoció en seguida sus rostros, vistos en las fotografías de sus fichas en Washington y en la película que Millard Watts le había proyectado aquella misma mañana.

—Vamos, caminen hacia la puerta...

De nuevo fue Clarence el primero en obedecer, mansamente. Dos hombres iban tras ellos, apuntándoles con sus pistolas. Dos más, a los lados. Otro, en la puerta... Y cuando salieron al porche, vieron al sexto, también con la pistola en la mano.

Millard Watts y Lissa Dalles estaban a un lado del porche. Watts miraba a los cinco agentes y al inspector especial del FBI con una

cierta amabilidad irónica, pero la muchacha se acercó impetuosamente a Clarence y le escupió en el rostro, con furia.

—¡Puerco...!

Clarence no se alteró. Miró fríamente a Watts.

—¿Quiere un buen consejo, Watts?

—De usted, sí —sonrió el hombrecillo.

—Líquide a esta mocosa. No sirve. Es impulsiva, poco inteligente, nerviosa, rencorosa... Todo lo cual es, precisamente, lo que NO debe ser un buen espía. Le pondrá en apuros a usted, que es más frío, más completo y... eficaz.

Lissa quiso volver a escupir a Hadaway, pero Watts la apartó suavemente.

—Él tiene razón, Lissa —sonrió—. Por eso vas a volver a..., a allá. Veremos qué deciden respecto a ti.

—¡No regreso por inepta, Millard, sino porque tengo que entregar personalmente todo el informe y el esquema de la nueva tela de araña que hemos organizado! ¡No olvides esto! ¡Y sigo trabajando!

Millard Watts suspiró, como desalentado, y miró de nuevo a Clarence.

—Usted tiene razón, Hadaway; demasiado nerviosa e impulsiva... Lo cierto es que regresa, y que, en el fondo, es el mejor elemento que puedo encontrar ahora para llevar ese informe, con lo sucedido, con una nueva estructura de mi grupo en Florida. Tengo que esperar la aprobación, naturalmente... Pero eso, a usted ya poco puede importarle... Les deseo a todos un feliz viaje en el yate y luego en el submarino... Lleváoslos ya.

Las pistolas apuntaron hacia el frente de la casa y una vez más Clarence Hadaway dirigió la marcha del grupo de G-men, bien custodiado por los seis hombres.

Apenas un minuto más tarde, se detenían en la orilla del mar, y una lancha quedó visible ante ellos.

—Suban —les ordenaron—. Tendrán que mojarse un poco, pero les entregarán ropas secas y cuanto precisen dentro de muy poco.

CAPÍTULO IX

En tierra quedaron tres de los hombres. Los otros tres subieron también a la lancha. Al volante de ésta había otro hombre, que miró con indiferencia a los seis prisioneros, y se ocupó inmediatamente de la conducción del vehículo anfibio.

La lancha se movía lentamente, girando y arrancó con fuerza cuando estuvo de proa al mar. Durante dos minutos nadie habló, ni se movió. Clarence Hadaway y los cinco

G-man

parecían absortos en sus pensamientos, en sus cébalas, acerca de su destino. Los tres hombres que les vigilaban tenían la pistola en la mano y no les perdían de vista. Lucía una hermosa luna, y era fácil ver con toda claridad los rostros, los movimientos de cualquiera.

Clarence miró a Martin Shelton y Joe Backus. Luego dirigió su mirada hacia uno de los hombres..., y la regresó inmediatamente a los agentes. Éstos se limitaron a parpadear, lentamente. Luego, el inspector miró a Bob Dolan y a Richard Quinn, llevó su mirada a otro de los tres hombres, y de nuevo a sus compañeros. Un nuevo parpadeo lento, y eso fue todo. Un minuto después, el tercero, Lewis Chapel, el más alto y fuerte de los cinco agentes, también parpadeó lentamente cuando su mirada y la de Clarence volvieron a encontrarse. Por último, Clarence miró al hombre que conducía la lancha y, cuando supo que sus cinco compañeros le miraban, parpadeó tan lentamente como ellos.

Hubo un movimiento general en los hombres del FBI, que los tres hombres vigilaron atentamente. Pero, por lo visto, sólo buscaban una mejor postura.

Tres minutos después, de pronto, el que conducía la lancha los sorprendió a todos, al hablar en ruso... Nadie se había dado cuenta

de que había conectado la radio con otra:

—Uno-Cero-Cinco... Estamos a mitad de trayecto, en línea recta.
¿Todo bien para recibirnos?

La respuesta también en ruso llegó claramente a oídos de todos:

—Todo bien. Margen de espera, diez minutos.

—Corto.

De nuevo sólo el rumor del mar.

Un minuto.

Dos...

Clarence miró a Lissa Dalles, que permanecía sentada en el lado de estribor, cerca del conductor de la lancha, mirándole en silencio, con ojos brillantes, fijos, como hipnotizada.

De pronto, ordenó:

—Venga aquí, Hadaway.

—Estoy bien donde estoy —replicó Clarence.

—Le digo que venga aquí.

Clarence apretó los labios. Pareció que con eso lo daba todo por decidido, pero súbitamente cambió de parecer. Se acercó a Lissa y se quedó mirándola hoscamente.

—¿Y bien?

Ella sonrió.

—Siéntate cómodamente, querido Clarence. Por favor.

Señalaba la cubierta, a su lado. Clarence se sentó y se quedó mirándola con fijeza, hoscamente.

—Dime, querida Lissa.

La muchacha dirigió una veloz mirada de reojo al hombre que pilotaba la lancha, que se hallaba muy cerca de ellos. Luego, miró de nuevo al hombre del FBI.

—Solamente quería decirte una cosa —susurró—. Te amo.

—Magnífico.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—¿Qué más se puede decir? Me amas, pero sabes que nos van a matar a todos, y estás tomando parte en uno de los planes de espionaje más repugnantes de la historia... ¿Te das cuenta de lo que puede llegar a suceder si hombres que no son del FBI hacen cosas que jamás haría un agente del FBI? Podrían, incluso, llevar a cabo actos que quizá desembocasen en una guerra, no mundial al principio, pero sí más adelante. Pueden, por ejemplo, enfrentar a

dos países asiáticos, o sudamericanos... En poco tiempo, los demás países del mundo tendrían que ir tomando parte, en un bando u otro...

—No lo sabía —jadeó ella—. ¡No sabía lo que estaban preparando!

—No digas tonterías.

—Clarence, no lo sabía... ¡De verdad! Lo supe cuando ya estaba metida en esto, cuando no podía hacer nada... ¡Y ni siquiera sabía lo que tenía que hacer! Sólo cuando..., cuando te ensañaste conmigo, cuando me golpeaste de modo tan brutal, al verte tan decidido a todo con tal de evitar lo que pudiese suceder, comprendí que yo debía hacer lo mismo, me ocurra lo que me ocurra...

—¿Estás hablando en serio?

—Sí. He tenido que seguir fingiendo mientras busco una solución... Pero no se me ocurre nada. Estoy pensando, y pensando, pero no..., no sé cómo solucionar esto... ¡No sé qué debo hacer! Sé que quiero ayudarte, pero no sé cómo hacerlo ahora... ¡Y si esperamos, será demasiado tarde!

—¿Debo entender que me estás pidiendo consejo?

—Sí... ¡Sí...! ¡Dime qué debo hacer, por favor! ¿Cómo puedo ayudarte a evitar todo esto...?

Clarence se pasó la lengua por los labios, lentamente, mientras miraba con disimulo hacia los compañeros de Lissa. ¿Estaba ella diciendo la verdad o... se divertía, simplemente?

—¿Haces esto por amor a mí? —susurró.

—Lo hago para evitar todo eso..., pero básicamente, por amor a ti. Es absurdo, pero comprendí cuánto te amaba realmente mientras me golpeabas. Sé que es absurdo, pero...

—No es demasiado absurdo —deslizó Clarence—. Creo que nunca podré explicar lo que yo sentía mientras te golpeaba, tan fríamente, como..., como si no me importases en absoluto. Creo que en esos momentos sí era una máquina, sin sentimientos, sin piedad, programada para un objetivo fijo y único. Y sin embargo, mientras te maltrataba, algo se rompía dentro de mí...

—¿Quieres decir... que tú también me amas?

Clarence asintió con la cabeza, y suspiró profundamente. Acto seguido, musitó:

—¿Tienes una pistola?

—Sí... En el bolso.

—Si no hacemos nada ahora, a nosotros nos matarán y todo el plan nuestro seguirá adelante. Para evitar esto, yo estoy dispuesto a morir, si es necesario. ¿Y tú?

—Yo haré... —gimió Lissa—, haré lo que tú me digas...

—Está bien. Sólo tienes que encargarte de mantener a raya al piloto, ordenándole que detenga la lancha. Mis compañeros y yo nos encargaremos de los otros.

—Pero estáis...

—Podremos con ellos. Estábamos pensando todos en llevar a cabo una actuación desesperada, de todos modos. Con tu ayuda, será más fácil. Adiós, Lissa.

—¿Por qué adiós?

—Quizá uno de los dos, o los dos, muera en esto. Pero ya hemos convenido que aceptamos ese riesgo, ¿no es así?

—Sí... Sí...

—Adiós, Lissa...

—Adiós, Clarence...

Éste se puso en pie y dio un par de pasos. Lissa también se puso en pie, de cara a proa, y abrió el bolso del que sacó la pistola, a espaldas del piloto. Los demás tampoco podían verla... Clarence había vuelto la cabeza y comprendió que era el momento de actuar. Lissa tenía bajo control al piloto.

Y en ese momento, éste volvió la cabeza y abrió la boca para decir algo... Se quedó así, con la boca abierta, mirando la pistola que empuñaba Lissa, apuntándole. De pronto, su rostro se congestionó, y lanzó un grito, mientras su mano derecha iba hacia la pistola, y con la izquierda golpeaba a Lissa en la muñeca...

Todo sucedió a una velocidad terrible.

Mientras el hombre gritaba y lanzaba su mano izquierda contra ella, Lissa apretó el gatillo, y la bala alcanzó al piloto, no supo dónde; pero, al mismo tiempo, y gritando ahora de dolor, el otro sacó su pistola, apuntó hacia la cara de Lissa, que estaba a menos de medio metro, y disparó. En ese mismo instante, Clarence apartaba a Lissa de la trayectoria de la bala con un golpe de hombro, y disparaba un feroz puntapié entre las ingles del piloto.

Oyó el agudo grito de Lissa cuando brilló el fogonazo del disparo efectuado por el piloto, y captó el gesto de la muchacha, dejando

caer la pistola y llevándose ambas manos al rostro... Pero ya no podía detenerse, ya sólo podía seguir peleando.

El piloto herido y golpeado entre las ingles, caía hacia delante, y Lissa, de rodillas, a un lado. Clarence volvió a utilizar el pie para golpear al hombre bajo la barbilla, en plena garganta, fulminándolo.

Pero, al mismo tiempo, una bala se clavaba en la pierna izquierda del inspector especial del FBI, y otra, atravesando limpiamente su brazo derecho, lo hacía girar y lo tiraba encima del aniquilado piloto.

Sólo pudieron disparar dos, de los tres hombres.

El tercero ya había recibido en pleno pecho el cabezazo de Lewis Chapel, y había saltado por encima de la borda, chillando. Los otros dos, tras disparar una sola vez, comprendieron su error por haber atendido en primer lugar a Clarence Hadaway..., pero cuando quisieron apuntar a los otros federales, ya era tarde.

Uno de ellos recibió un puntapié en el estómago, y un punterazo en la mano que tiró la pistola al mar, y se encontró ante dos hombres esposados que manejaban los pies mucho más dolorosamente, mucho más peligrosamente que las manos.

Tan sólo con dos puntapiés más, bien aplicados por Shelton y Backus, tuvo suficiente para perder la noción de cuanto pudiese ocurrir en la lancha.

El otro todavía pudo disparar otra vez, pero el disparo no acertó ni a Dolan ni a Quinn, que la emprendieron a puntapiés con él, sino a Lewis Chapel, que corría hacia Clarence Hadaway...

Y mientras el último se encogía bajo los terribles punterazos que parecían partirlo en dos, Lewis Chapel, al recibir aquella bala perdida, giraba rápidamente sobre sí mismo, chocaba con los muslos contra la borda y desaparecía hacia el negro mar. Se oyó el chapoteo de su cuerpo...

—¡Shelton, Backus, sacadlo...! —gritó Clarence.

Los dos federales no preguntaron cómo. Esposados, se tiraron al agua, apenas un segundo después de caer Chapel.

Clarence se arrastró hacia aquella parte de la borda, peto la lancha seguía su camino, directo, y los tres hombres quedaron en seguida atrás, hundidos en las negras aguas...

Jadeando, Bob Dolan llegó junto a Clarence, se pusieron espalda

con espalda, y los dedos del agente buscaron los nudos formados con el cinto del propio inspector sobre sus muñecas. Necesitaron medio minuto para conseguir, entre los dos, que las manos de Hadaway quedaran libres.

Inmediatamente, Clarence corrió hacia el volante, lo giró y la lancha viró con gran aparato de rugido, rodeada de espuma, que brilló a la luz lunar.

—¡Dolan, la llave de las esposas! ¡Debe tenerla Lissa, en el bolso! ¡No tires nada al agua, lleva algo que nos interesa mucho!

Dolan y Quinn se tumbaron junto a Lissa, que finalmente se había desvanecido, cara al cielo; el bolso había quedado bajo su cuerpo, que estaba medio de costado, en una postura extraña... Pero esto no era nada comparado con el aspecto que presentaba el rostro de la muchacha, y que hizo estremecer a los dos G-men.

Se hicieron con el bolso y Quinn se las arregló para sujetarlo, mientras Dolan lo abría, sentados ambos en la cubierta, espalda contra espalda.

—¡La llave! —chilló Dolan—. ¡Está aquí!

En menos de diez segundos quedaron los dos libres. Dolan golpeó al piloto en la cabeza, para asegurarse de que no podría intervenir en muy buen rato. Luego, encontró un tridente de pescar pulpos, y se acercó a la borda... Bastaría que consiguiese sujetar con las tres puntas la ropa de Chapel para que Shelton y Backus pudieran arreglárselas sin apuros por sí solos, aunque llevasen las manos esposadas a la espalda...

—¡Ahí están, señor...! —gritó Quinn, asomado a la borda junto a Dolan—. ¡No! ¡Ése es el que cayó al agua, uno de ellos! ¡Tiene que virar...!

Clarence obedeció. Se sujetaba al volante con alguna dificultad, pero sabía que mientras su cuerpo no se enfriase podría soportar aquellas heridas. Diez minutos... Quizá veinte. No más. Al final, tendría que caer.

—¡Ahí están!

Detuvo la lancha hábilmente, junto a los cuerpos que flotaban como un montón sobre las aguas, y se acercó, cojeando, a la borda.

Shelton y Backus no hubiesen podido resistir mucho más sosteniendo a flote al desvanecido... o quizá muerto, Lewis Chapel.

Estaban tragando agua, y su resistencia llegaba al final, pero permanecían allí, manteniendo en alto, con sus hombros, a Chapel.

Dolan prendió las ropas de Chapel con el tridente de pescar pulpos en las rocas, y la apalancó en la borda, manteniendo a Chapel a flote, mientras Quinn y Hadaway ayudaban a Shelton y a Backus a subir a bordo, tirando de ellos como si fuesen simples fardos... Y apenas arriba, las esposas fueron abiertas, y Shelton y Backus regresaron al agua, sujetando ahora con toda facilidad a Chapel.

Clarence se hizo cargo del tridente, mientras Quinn y Dolan lograban ya sujetar con las manos las ropas de Chapel, y lo izaban con todo cuidado a bordo. Lo tendieron sobre cubierta, y Dolan se inclinó sobre su pecho.

—Está vivo —susurró.

—Le han dado en la cabeza; es sólo una raspadura sin imp... ¡Eh!

Clarence se volvió, a tiempo de ver a Boggs consiguiendo recoger una de las pistolas que habían quedado en cubierta, y de las cuales nadie había hecho caso, por el momento.

Boggs empezaba a volverse hacia ellos en aquel momento, alzando el arma, brillantes los ojos...

Pero ya Clarence Hadaway había lanzado el tridente, con el brazo izquierdo. Las tres púas de hierro se clavaron con seco golpe en el pecho de Boggs, que saltó hacia atrás y quedó como incrustado en la borda, con la cabeza caída sobre el mástil del tridente.

—Santo Dios... —musitó Dolan—. Lo ha... ensartado como..., como...

—Tengo permiso para matar —dijo secamente Clarence—. Ellos mismos me lo dieron. Matar a los suyos quedó autorizado para mí... A ver qué se puede hacer por Chapel.

—Esperar a que se recobre, señor —casi sonrió Quinn.

—Siempre dije que Lewis era un cabeza dura —intentó bromear Martin Shelton.

—Recoged las pistolas, cualquier arma que haya en la lancha... Y aseguraos de que esa gente queda a buen recaudo. Iremos a recoger al otro.

—Sí, señor.

El espía que había caído al mar fue recogido sin resistencia por su parte. Lo primero que vio cuando lo dejaron caer en cubierta, fue a Boggs, clavado por su propio peso contra la borda. En seguida, recibió un fortísimo golpe en la cabeza que le privó del conocimiento.

—Amarradlos a todos bien. Y amordazadlos con cuerdas... Ésas tan gruesas servirán.

—Se van a quedar sin labios ni dientes.

—¿Qué nos importa a nosotros, Shelton? —replicó Clarence.

Martin Shelton se estremeció. Miró a Boggs, a los demás; a sus compañeros. Y, por último, al inspector especial.

—Nada, señor.

—Hacedlo. Uno de vosotros que se ocupe de los mandos.

Clarence se dedicó exclusivamente a Lissa. En cuanto se arrodilló a su lado, el inspector del FBI palideció intensamente.

—Dios... Dios...

El rostro de Lissa era una mancha oscura y brillante, húmeda. Aterrado, Clarence tardó todavía unos segundos en comprender lo que había ocurrido. La bala disparada por el piloto no había acertado a Lissa, pero el fogonazo le había quemado la cara... y, quizá, la hubiese dejado ciega...

Se pasó las manos por la cara, desesperado. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía?

—¿Está muerta, señor?

La voz de uno de sus compañeros le llegó como de muy lejos. ¿Muerta? ¿Lissa muerta? Ni siquiera había pensado en esa posibilidad. La examinó rápidamente, y movió la cabeza.

—No —dijo con voz ronca—. No está muerta... Ayúdame.

—Ella nos ayudó, ¿no es así, señor?

—Sí. Vamos a colocarla ahí, con cuidado... ¿Tenéis su bolso?

—Sí, señor.

—Bien. —Clarence sentía como si a cada palabra la garganta se le fuese desgarrando, pero había que seguir adelante, había que terminar..., cayese quien cayese—. Mucho cuidado con ese bolso. Ya que todavía confiaban en ella, debía llevar las instrucciones en algún sitio, bien ocultas. Puede ser un papel corriente, un microfilme... No perdáis nada. De todos modos, cuando ella despierte nos lo dirá... Y será mejor que le atéis las manos: no

quiero que pueda tocarse la cara cuando se recobre.

El

G-man

estaba como congelado escuchando a su superior. No sabía qué se habían dicho él y Lissa, pero por aquel tono de voz tenía que comprender.

Lissa fue atada, como los que hasta entonces habían sido sus compañeros, sólo que por razones muy diferentes. La lancha seguía navegando, ahora pilotada por un agente del FBI, en la misma dirección que antes, al encuentro del yate, se suponía.

La suposición se cumplió. Todavía estaba Clarence mirando la horrenda máscara en que se había convertido el rostro de Lissa, cuando el federal que iba a los mandos exclamó:

—¡El yate, señor! ¡Veo las luces, tiene que ser él!

Todos se apresuraron a mirar hacia las luces de navegación, y tras unos segundos de silencio, Hadaway dijo:

—Escuchadme todos atentamente. Cuando lleguemos...

A toda prisa, y con muy pocas palabras, los seis federales se entendieron a la perfección. Para cuando la lancha se detuvo, junto al costado del yate, todos sabían lo que tenían que hacer.

Una pasarela con bisagras, que funcionaba paralela al costado del yate, fue bajada hacia la lancha, y Clarence fue el primero en subir por ella, haciendo todo lo posible para que no se le notara su cojera, y sujetando la pistola escondida en la mano izquierda, mientras el brazo derecho lo pasaba por la barandilla, como si se ayudase a subir, pero, en realidad, arrastrándolo de modo que notaba menos dolor y peso.

Le faltaban tres peldaños para llegar a bordo cuando le conminaron desde la abertura de la pasarela:

—¡Quieto! ¿Y Gorsov?

—Ahora sube... —explicó Clarence, en ruso—. Está ayudando a la chica a recoger algo que se le ha caído...

Y mientras hablaba, acabó de subir. Se encontró delante de dos hombres, y a pocos pasos más atrás, otro... Éste fue el que gritó, de pronto:

—¡Eh! ¡Ese hombre es Hadaw...!

Movió la mano hacia su chaquetón marino, pero el balazo disparado por Clarence con la izquierda lo llevó, girando

aparatosamente, hasta la pared de las cabinas, donde rebotó como un muñeco.

Clarence apuntó a los otros dos inmediatamente.

—Tengo permiso para matar... —dijo en ruso—. Ustedes mismos me lo han dado... Pónganse hacia allá.

Señaló con la pistola. Dolan y Shelton estaban ya a bordo, y se veía la cabeza de Quinn, ascendiendo. Fue Quinn quien, de pronto, disparó hacia lo alto, hacia el techado de las cabinas... y un hombre cayó detrás de una metralleta, a cubierto.

Shelton y Dolan golpearon las cabezas de los dos atónitos prisioneros y se volvieron hacia Hadaway.

—La radio... —dijo el inspector especial—. Tiene que haber radio en el yate. Buscadla. Y si os hacen frente, no vaciléis en tirar a matar... Tenemos permiso.

Se recostó en la borda, jadeante. Dolan quiso ayudarlo, pero lo rechazó con un gesto, y el agente comprendió, alejándose, arma en mano, con sus compañeros que se distribuyeron rápidamente por el yate. No parecía que hubiese más gente allí. Cuatro hombres, más el piloto de la lancha, y los tres que estaban en ésta, eran más que suficientes para aquel yate.

La pierna empezaba a pesarle más y más. Colocó el brazo en el interior de la camisa, y de este modo estaba seguro de aguantar bastante tiempo más. Pero no podría con la pierna.

Backus y Shelton casi le sorprendieron cuando aparecieron ante él, llevando a un hombre entre ellos, con la frente llena de sangre.

—Es el radio... ¿Se encuentra bien, señor?

—No, Shelton. Pero seguiremos... ¿Tenéis la radio?

—Sí, señor.

—¿Alcanzará hasta Miami?

—Y bastante más.

—Sintonizad la honda de la Delegación. Decid lo que ocurre. Que nos encuentren en la villa de la playa, donde hemos estado.

—¿Y el submarino?

—En ese sentido no conseguiríamos nada. Para emerger, tienen que hacerlo mucho más mar adentro, y sólo bajo una contraseña especial, que desconocemos... No saldrán. Y, además, ¿qué podríamos hacer contra un submarino? Tenemos a la red de espías en Florida... Hay que conformarse con ese bocado, Backus.

—¡Conformarse! —rió Joe Backus—. Demonios, señor, usted es un bromista de los buenos...

—Sí... Tengo muy buen sentido del humor. Haced esa llamada y regresemos en la lancha a la villa. Será divertido... Muy divertido, ¿no os parece?

—Sí, señor... Pero me parece que a aquellos tipos no les va a gustar su sentido del humor.

* * *

Millard Watts y los tres hombres que habían quedado con él en la villa se volvieron al oír los renqueantes pasos procedentes de la cocina. Y los cuatro se quedaron petrificados, lívidos, al ver a Clarence Hadaway, hecho una pena de sangre y golpes, delante de ellos, con la pistola en la mano izquierda y la derecha metida en la camisa.

—Buenas noches, caballeros —saludó fríamente el inspector especial del FBI—. ¿Serán tan amables de dejar caer sus pistolas al suelo?

—Hadaway... —musitó Watts.

—No se sorprenda demasiado, Watts. Usted mismo dijo que yo era un enemigo peligroso, un hombre... excepcional. ¿Las pistolas, por favor? Y no hagan tonterías... El señor Watts tuvo la amabilidad de darme permiso para matar.

Los cuatro hombres llevaron las manos a sus sobacos bajo la aguda y alerta mirada de Clarence. Sólo uno de ellos tuvo cierto pensamiento, pero aquellos negros ojos fijos en él le hicieron comprender que Clarence Hadaway sabía lo que estaba pensando.

Las cuatro pistolas cayeron al suelo.

—Han sido muy inteligentes, señores, porque, desde luego, no estoy solo. ¡Quinn, Shelton...!

Los dos

G-men

aparecieron detrás de Clarence, con sendas pistolas en sus manos. Al mismo tiempo, la puerta se abrió y Dolan y Backus entraban, también armados, mientras una de las ventanas saltaba hecha añicos y el rostro de Lewis Chapel, vendado en la frente, aparecía en el hueco, con una metralleta en las manos.

—Ya ven qué cosas pasan cuando se sabe abrir puertas en una

casa donde hay unos espías que no deberían confiarse jamás. El juego ha terminado, señores.

Se dirigió a un sillón y se dejó caer en él. Estaba pálido, desencajado el rostro, pero sus ojos conservaban toda la firmeza cuando se fijaron maliciosamente en Millard Watts, mudo de estupor y despecho.

—¿Tienen *whisky* por aquí, Watts?

—Sí...

—Magnífico... Por favor, sea tan amable de servimos unas copas a los muchachos y a mí, mientras esperamos a otros amigos. Siempre le resulta más beneficioso eso a que yo utilice el permiso que me dio para matar. ¿Okay?

Millard Watts dejó caer la cabeza sobre su flaco pecho.

—Okay —musitó.

* * *

El inspector Gordon recogió todas las fotografías, papeles, microfilmes, radios de bolsillo, libretas con claves... Lo metió todo en un gran sobre, y entonces suspiró y miró de nuevo a Clarence Hadaway, que había permanecido forzosamente inactivo unos días.

—Ha sido un buen trabajo de nuestros muchachos, Hadaway. Pero, desde luego, usted nos dio el punto de partida. Un trabajo... excepcional en verdad. Una redada colosal.

—¿Cuántos agentes enemigos en total?

—Diecinueve. Supongo que tendrá prisa por regresar a Washington a recibir, una vez más, las felicitaciones de Hoover.

—No creo que él dé demasiada importancia a mis trabajos... —sonrió el inspector especial—. Ya está acostumbrado.

Tony Leopard fue el primero en reír la broma. Luego, rió Gordon. Clarence los miró amablemente.

—Bien... ¿Puedo regresar a mi dulce y solitario hogar?

—Es bueno conocer a las personas... —musitó Leopard—. Cuando me dijiste que aquella chica era tu prometida, me extrañó. Me extrañó que fumases en boquilla y me extrañó que te alojases en un motel y dijese «como siempre», cuando la verdad es que jamás te has alojado en un motel... Sí, es bueno conocer a las personas. ¿Cómo va tu pierna?

—Bien. Todo bien... ¿Quieres una pelea?

—¡No! —rió el mejor agente de Miami—. A mí con ésas, no.

Rieron los tres. Hadaway estrechó la mano de Gordon, pero cuando iba a hacer lo mismo con Leopard, éste le pasó un brazo por los hombros.

—Te llevaré al aeropuerto... después que tomemos un trago... —Miró como alarmado a Gordon— de limonada en mi quinta.

Volvieron a reír, y Gordon suspiró, feliz, viendo marchar a aquellos dos hombres que formaban, cada uno a su manera, excepciones auténticas en las bien preparadas filas del FBI.

Y veinte minutos más tarde, el fabuloso coche de Tony Leopard se detenía en su quinta. Se apearon los dos, abrió la puerta y dejó pasar al inspector.

—Iremos al *living* —dijo Leopard—. ¿*Whisky*?

—Creí que habías dicho limonada.

—Hombre, es que el jefe es muy puritano...

Entraron riendo en el *living*... y Clarence Hadaway quedó petrificado al ver allí aquel inesperado grupo de personas. Diecisiete en total. Las conocía a todas, por medio de cierta película... Jamás olvidaría aquellos rostros de niños y niñas, de esposas de agentes del FBI, de los cinco propios agentes especiales...

Nadie dijo nada, hasta que Bob Dolan, el mayor de los reunidos, se adelantó hacia Hadaway y le tendió una caja envuelta en celofán.

—Quisiéramos que..., que aceptase esto, señor.

Clarence parpadeó. Tomó la caja, la abrió... y se quedó mirando la magnífica pistola como el que no comprende.

—Vea la inscripción en la base de la culata, señor.

La miró; tres palabras grabadas: «permiso para matar».

Alzó la cabeza y miró uno a uno a los reunidos.

—Bien, yo...

El pequeño Martin Shelton se acercó a él, arrastrando su bate de *baseball*.

—Yo también quiero hacerle un regalo, señor Hadaway.

—¿Sí? Vaya... Bueno, será estupendo, Martin...

El chiquillo le tendió el palo, y Clarence retrocedió.

—¡No! Esto no, Martin...

—¿No lo acepta?

—Pues...

Miró de nuevo a los demás, especialmente a Martin Shelton

padre.

—Sí... Sí, Martin, claro que lo acepto... Me servirá para entrenarme. Pero... ¿Y tú? ¿Cómo te entrenarás?

—Mi padre me comprará otro. Pero mamá dice que yo no hubiera podido comprar otro papá.

Clarence notó un nudo en la garganta. No sabía qué hacer, aquello no era lo suyo. Miró su reloj, indeciso...

—Creo..., creo que tengo que darme prisa si no quiero perder el avión... Sí... Tengo que darme prisa... —Se dirigió hacia la puerta y se volvió, vacilante—. Son demasiadas manos a estrechar —sonrió—. Prefiero decir «hasta la vista».

Se fue. Shelton quiso ir tras él, asombrado, pero Leopard se lo impidió.

—Déjalo marchar. Es de los que no les gusta que lo vean emocionado...

Cuando todos se acercaron al ventanal, vieron a Clarence Hadaway, inspector del FBI para servicios especiales, alejándose con la caja bajo un brazo y el bate de *baseball* sobre el hombro.

ESTE ES EL FINAL

Lissa Dalles se contempló al espejo una vez más. No podía creer lo que estaba viendo... Sabía perfectamente que era ella misma, pero la imagen decía que no, que no tenía nada que ver con Lissa Dalles. En el espejo había una muchacha joven y atractiva, de cabellos oscuros.

La puerta de aquella habitación de la clínica se abrió, y entró un hombre al que no conocía. La habían estado visitando muchos hombres, pero a aquél no lo conocía. El hombre llevaba un portafolios, que abrió en cuanto se hubo sentado en una de las sillas, a un lado del tocador en cuyo espejo se estaba mirando Lissa.

—Nos permitimos sugerir a los médicos que, al curarla de las quemaduras en el rostro, cambiaran ligeramente sus facciones; la idea de teñirle el pelo, vino sola... Más adelante, si quiere, puede dejar que crezca su rubio natural... Dentro de tres o cuatro años por lo menos. Mientras tanto, aunque no se parezca a Lissa Dalles, sigue siendo usted una muchacha preciosa, ¿no cree?

Lissa se miró al espejo, y murmuró:

—De todos modos, lo que vale de una persona es su interior, no su envoltura física. Y creo que el buen amor, el verdadero amor, está fundamentado en eso. Su interior es muy hermoso, señorita Lancaster.

Lissa miró sorprendida al hombre, volviéndose.

—¿Señorita Lancaster? —exclamó.

El desconocido sonrió y le entregó un portafolios.

—Dentro está todo —explicó—, así que sólo tiene que aprenderse su nuevo historial: Deborah Lancaster, ciudadana

norteamericana, nacida en Hartford, Connecticut, el día tal del año tal, hija de tal y de tal..., etcétera. No creo que para usted sea difícil adaptarse a un nuevo papel..., que esta vez deberá durarle para siempre. En el portafolios tiene todos los datos.

—¿Quiere decir... que ahora soy Deborah Lancaster, ciudadana norteamericana..., y que puedo ir... adonde quiera? ¿Que soy libre?

—Sí. Se lo ha merecido. Y el FBI ha efectuado las debidas presiones para conseguirlo.

—Pero... soy una espía rusa...

—La espía rusa murió en la pelea que hubo en cierta lancha, y cayó al mar. Así consta oficialmente, señorita Lancaster. Para todo el mundo. Adiós —el desconocido se puso en pie, y le tendió la mano, sonriente—: Le deseo suerte.

Deborah Lancaster aceptó la mano masculina. Cuando de nuevo quedó sola, volvió a mirarse al espejo. Sí, por dentro era ella misma, y eso era lo que realmente valía. Por fuera, ya no era la espía rusa... No podía creerlo. ¿Libre? ¿Estaba libre y era ciudadana norteamericana?

—Lo voy a probar —se dijo.

Fue al armario, lo abrió, y se quedó mirando las cosas que había dentro. Cosas que ella desconocía, que nunca había visto, pero que, al parecer, le pertenecían. Vestidos, zapatos, maletas... No sabía el tiempo que llevaba allí, ni dónde estaba. Sólo sabía que un día había despertado, con toda la cabeza vendada, y que desde entonces, se había limitado a esperar, hasta que, dos días antes, le habían quitado los vendajes...

Rápidamente, recogió todo lo que había en el armario, y lo fue colocando en las dos maletas. Lo último que puso dentro de una de ellas fue el portafolios, con la documentación de su nueva personalidad.

Salió al pasillo, llevando una maleta en cada mano... Ya no había ningún hombre vigilante. No había nadie. Recorrió el pasillo y comenzó a bajar las escaleras, sin vigilancia. Afuera, el bonito jardín que había estado contemplando desde su «celda» los últimos días.

En el vestíbulo de la clínica, a la izquierda, estaba recepción. Detrás del mostrador, había una enfermera pelirroja, muy bonita, que reía las bromas de un médico joven y de aspecto dinámico,

impecable con su bata blanca. Quizá fuese un enfermero... Se volvieron a mirarla. El médico preguntó:

—¿Se marcha ya, señorita Lancaster?

—Sí —musitó Deborah—. Sí...

—Estupendo. Eso quiere decir que está perfectamente. Buena suerte...

—Gracias...

Aturdida, Deborah salió de la clínica. El centelleante sol la obligó a cerrar los ojos. Fue entonces cuando pensó en Clarence una vez más. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no había ido a verla en ningún momento? Seguramente, porque había muerto... El sí debía haber muerto. Clarence, Clarence... Sentía un nudo en la garganta, los párpados cerrados llenos de lágrimas, una sensación de soledad desoladora, terrible. ¡Clarence, Clarence...!

—Te ayudaré a llevar las maletas —dijo una voz—. Tengo el coche ahí al lado.

Abrió los ojos, y las lágrimas se desprendieron como en una diminuta catarata, impidiéndole ver al hombre. Pero no hacía falta. ¡No hacía falta!

—Clarence... —gimió.

Notó el pañuelo que limpiaba sus lágrimas. Y entonces sí pudo verlo, mirándola con sus negríssimos ojos, sosteniendo el húmedo pañuelo. Dejó caer las maletas, y se abrazó a él, sollozando estremeciéndose.

—No llores, mi amor —dijo Clarence Hadaway—. Todo ha terminado bien para nosotros: tenemos permiso para vivir.

FIN

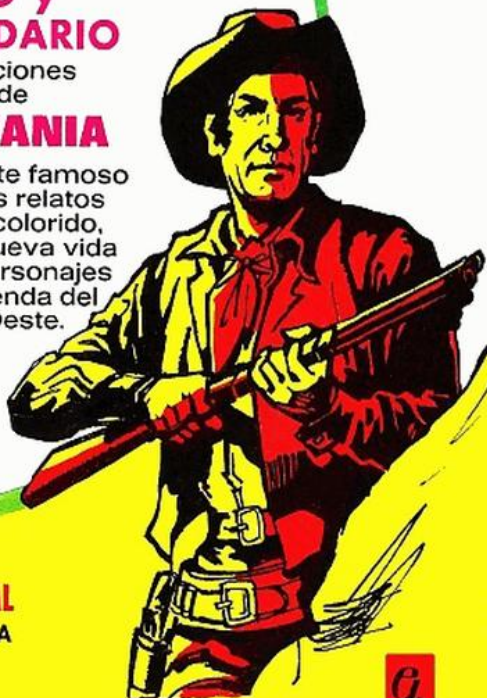
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...